

**ERICH SEGAL**

**LOVE  
STORY**

*Historia de amor*

**EMECÉ**



ALI MACGRAW

(Paramount Films)

RYAN O'NEAL

## HISTORIA DE AMOR

- *Un film conmovedor.*
- *El más resonante acontecimiento cinematográfico en los EE.UU.*

# LOVE STORY

**ERICH SEGAL**

*TÍTULO DEL ORIGINAL INGLÈS*  
*Love story*

*Traducción de*  
*Eduardo Gudiño Kieffer*

© by *Erich Segal*, 1970

*Digitalizado por Gustavo Masso*  
*México, 2004*

# 1

¿Qué se puede decir de una chica de veinticinco años que murió?

Que era linda. Y brillante. Que le gustaban Mozart y Bach. Y los Beatles. Y yo. Una vez, cuando me mezcló adrede con esos tipos músicos, le pregunté en qué orden me colocaba y ella contestó sonriendo: "Alfabético". Yo también sonreí entonces. Pero ahora que lo pienso bien, desearía saber si me ponía en la lista por mi nombre de pila —en cuyo caso estaría detrás de Mozart—, o por mi apellido —en cuyo caso estaría entre Bach y los Beatles. De cualquier modo no me tocaba el primer puesto, lo que por alguna estúpida razón me jodía hasta sacarme de quicio, habiendo crecido con la idea de que siempre tenía que ser el número uno en todo. Herencia familiar ¿saben?

Al final del curso, tomé la costumbre de estudiar en la biblioteca de Radcliffe. No justamente para mirar a las chicas, aunque reconozco que la cosa me gustaba. El lugar era tranquilo, nadie me conocía y la reserva de libros tenía menos demanda. El día anterior a uno de mis exámenes de Historia, yo todavía no había podido leer ni siquiera el primer libro de la lista, una enfermedad endémica de Harvard. Caminé hacia el pupitre de las bibliotecarias para pedir uno de los tomos que me sacaría de apuros al día siguiente. Había dos chicas trabajando allí. Una alta, tipo tenista del montón: la otra anteojudá, tipo ratoncito. Opté por Minnie Cuatro Ojos.

—¿No tienes *La decadencia de la Edad Media*?

Ella me miró de arriba a abajo.

—¿No tienes tu propia biblioteca? —preguntó.

—Oye, Harvard tiene permiso para usar la biblioteca de Radcliffe.

—No estoy hablando de legalidad, Preppie <sup>1</sup>  
Estoy hablando de ética. Ustedes, muchachos,

<sup>1</sup> *Preppie*: apodo que se da a los muchachos que han asistido a una "Prep" School (Escuela Preparatoria para la Universidad). Las *Prep Schools* constituyen tradicionalmente uno de los bastiones de las familias pertenecientes a la clase alta norteamericana.

tienen cinco millones de libros. Nosotros una miseria.

¡Cristo, una del tipo superior! La clase que piensa que, puesto que la proporción entre Radcliffe y Harvard es de cinco a uno, las chicas tienen que ser cinco veces más avivadas. A esa gente normalmente no le doy mucha pelota, pero por desgracia necesitaba aquel libro de porquería con urgencia.

—Oye, necesito ese libro de porquería.

—¿Podrías controlar tus guarangadas, Preppie?

—¿Qué te hace estar tan segura de que fui a una escuela preparatoria?

—Pareces estúpido y rico —dijo ella levantándose los anteojos.

—Te equivocas —protesté—. Actualmente soy inteligente y pobre.

—Oh, no, Preppie. *Yo soy* inteligente y pobre.

Me miraba fijamente. Sus ojos eran marrones. Okay, probablemente yo tenga pinta de rico, pero no iba a permitir que ninguna Cliffie<sup>2</sup>, por más lindos ojos que tuviera, me tratara de tonto.

—¿Y qué carajo te hace tan pero tan inteligente? —pregunté.

—El hecho de que no te aceptaría ni un café, —contestó.

<sup>2</sup> *Cliffie*: Apodo que se da a las chicas estudiantes de Radcliffe.

—Oye: yo no te he invitado.

—Eso —replicó— es lo que te hace tan estúpido.

Déjenme explicar por qué le pedí al fin que me acompañara a tomar un café. Mediante una astuta capitulación en el momento crucial —p. ej.: fingiendo que de repente deseaba invitarla— conseguí mi libro. Y como ella no podía salir hasta que cerrara la biblioteca, tuve tiempo suficiente para asimilar algunas sentenciosas frases sobre la realeza, dependiente primero del clero y luego de los magistrados, hacia el final del siglo XI. Saqué una A, la nota más alta en el examen, coincidentemente la misma nota que asigné a las piernas de Jenny, cuando ella salió de detrás del pupitre. Sin embargo, no puedo decir que su ropa mereciera una mención de honor. Era demasiado bohemia para mi gusto. Detestaba particularmente esa especie de cosa hindú que usaba como cartera. Por suerte me callé la boca, porque después descubrí que ella misma la había diseñado.

Fuimos al Restaurante del Enano, una sandwichería cercana que, a pesar de su nombre, no estaba exclusivamente reservada para gente de

escasa estatura. Pedí dos cafés y una tarta de chocolate con helado (para ella).

—Soy Jennifer Cavilleri —dijo ella—, americana de origen italiano.

Como si yo no me hubiera dado cuenta.

—Y estudiante de música —agregó.

—Mi nombre es Oliver —dije.

—¿Nombre o apellido?

—Nombre —contesté. Y luego confesé que me llamaba Oliver Barrett a secas, sin mencionar mis apellidos completos.

—Oh —dijo ella—, Barret ¿como el poeta?

—Sí —dije—. Pero nada que ver.

Durante la pausa que siguió di gracias interiormente porque no me había hecho la pregunta habitual y penosa: ¿Barret, como el del Hall? Porque mi especial seña particular es que me asocien con el muchacho que construyó Barrett Hall, el edificio más grande y más feo de Harvard Yard, un monumento colosal al dinero de mi familia, vanidad y flagrante harvardismo.

Después de eso, ella permaneció silenciosa. ¿Era posible que nos quedásemos tan pronto sin un tema para charlar? ¿Yo no le interesaba porque no tenía nada que ver con el poeta? ¿Qué? Ella estaba sentada allí, simplemente, sonriéndome a medias. Para hacer algo empecé a hojear

sus cuadernos. Tenía una letra rara, chiquita y afilada, sin mayúsculas. ¿Pero qué se creía? ¿Que era e. e. cummings? <sup>3</sup>. Y parece que además seguía unos cursos difícilísimos: Lit. Comp. 105, Música 150, Música 201.

—¿Música 201? ¿No es un curso para graduados?

Ella asintió sin poder disimular muy bien su orgullo.

—Polifonía Renacentista.

—¿Qué es polifonía?

—Nada sexual, Preppie.

¿Por qué iba yo a seguir aguantando esto? ¿No lee ella el *Crimson*? \* ¿No sabe quién soy?

—Eh. . . ¿sabes quién soy?

—Sáa —respondió con una especie de desdén—. Eres el dueño del Barret Hall.

No sabía quién era yo.

—No soy el *dueño* de Barret Hall —argüí—. Resulta que mi ilustre bisabuelo lo donó a Harvard.

—¡Para que su deslustrado bisnieto tuviera el ingreso asegurado!

Era el colmo.

<sup>3</sup> *E. E. Cummings*: célebre poeta norteamericano contemporáneo que entre otras características de su obra, suprime las mayúsculas y la puntuación.

\* *Crimson*: Periódico estudiantil de Harvard,

—Jenny, si estás tan convencida de que no valgo un pito, ¿por qué me coaccionaste a invitarte con un café?

Me miró fijamente a los ojos y sonrió.

—Me gusta tu cuerpo —dijo.

Una de las características del buen ganador es saber ser un buen perdedor. No se trata de una paradoja. Sentirse capaz de convertir cualquier derrota en una victoria es algo distintivo de Harvard.

*"Mala pata, Barrett. Jugaste un partido embromado".*

*"Realmente, muchachos, me alegra que salieran bien. Quiero decir que ustedes necesitaban ganar a toda costa".*

Por supuesto, un triunfo en toda la línea es mejor. Digo, si uno tiene la opción, el gol de último minuto es preferible. Y mientras acompañaba a Jenny, caminando, hasta el pabellón de los dormitorios de las chicas, no perdía las esperanzas de un triunfo final sobre esta mocosa insolente de Radcliffe.

—Escucha, mocosa insolente de Radcliffe, el viernes a la noche es el partido de hockey con Dartmouth.

—¿Y qué?

—Que me gustaría que vengas.

Ella me respondió con el usual respeto de Radcliffe hacia los deportes:

—¿Y por qué mierda se supone que yo tengo que ir a un roñoso partido de hockey?

Contesté casualmente:

—Porque yo juego.

Hubo un breve silencio. Me parece que escuché la nieve cayendo.

—¿Para qué lado? —preguntó ella.

## 2

*Oliver Barrett IV*

*Ipswich, Mass.*

*Edad: 20*

*Estudios: Ciencias Sociales*

*Cuadro de Honor: 1961, 1962, 1963*

*All-Ivy First Team: 1962, 1963*<sup>1</sup>

*Aspirante a la Carrera de: Derecho*

*Sénior*

*Phillips Exeter*

*Estatura: 1,83 - Peso: 80*

Ahora Jenny había leído mis datos en el programa. Me aseguré triplemente porque Vic Claman, el *manager*, vio que ella tenía uno,

<sup>1</sup> *All-Ivy*: las más importantes universidades del este pertenecen a la *Ivy-League* (Harvard, Yale, Dartmouth, etc.), Ser un *All-Ivy* significa haber sido seleccionado como el mejor atleta, en un deporte determinado, entre todos los otros colegas.

*"¡Por el amor de Dios, Barrett, ni que fuera tu primera cita!"*

*"¡Cállate, Vic, o te rompo la jeta!"*

Mientras hacíamos en el hielo los ejercicios previos de ablandamiento, no le dirigí ni un gesto de saludo (¡qué recio!), y tampoco miré hacia el lugar adonde ella estaba. Y sin embargo creo que *pensó* que yo no le sacaba los ojos de encima. Quiero decir: ¿acaso se quitó los lentes, mientras tocaban el Himno Nacional, por puro respeto a la bandera?

Hacia la mitad del segundo tiempo estábamos bailando a Dartmouth 0 a 0. Vale decir que Davey Johnston y yo estábamos a punto de perforarles la valla. Los Verdes<sup>2</sup> hijos de puta se dieron cuenta y empezaron a jugar violentamente. Quizás nos podían romper un hueso o dos antes de que empezáramos a atacar. Los hinchas ya estaban pidiendo sangre. Y en hockey esto significa literalmente sangre o, a falta de sangre, un gol. Como con una especie de nobleza obliga, yo nunca me negué ni a una cosa ni a otra.

Al Redding, el centro de Dartmouth, embistió a través de nuestra línea azul y yo me arrojé contra él, le robé la pelota y empecé a deslizar-

<sup>2</sup>*Verdes*: Cada *College* tiene sus colores determinados. Dartmouth, verde; Yale, azul. etc.

me sobre el hielo. Los hinchas rugían. Podía ver a Davey Johnston a mi izquierda, pero pensé que yo la llevaría todo el tiempo, pues el arquero de ellos era un tipo medio cagón que me tenía un miedo brutal desde que jugó para Deerfield. Antes de que pudiera golpear, sus dos defensores estaban sobre mí, y tuve que patinar alrededor de sus redes para retener la pelota. Tres de los nuestros los empujaban hacia los bordes. Siempre habían sido algo así como mi policía privada, amontonándose como ahora, vapuleando de lo lindo a cualquiera que usara los colores enemigos. En alguna parte, bajo nuestros patines, había quedado la pelota, pero por el momento estábamos concentrados en sacarnos a esos mierdas de encima.

El réferi hizo sonar su silbato.

—¡Usted: dos minutos suspendido!

Levanté la vista. Me estaba señalando a mí. ¿A mí? ¿Qué había hecho yo para merecer una penalidad?

—Pero réferi. . . ¿yo qué hice?

No parecía de ningún modo interesado en continuar el diálogo. Estaba llamando a la cabina oficial: —El número siete, dos minutos —y señalando con ambos brazos.

Yo protesté un poco, como es de rigor. La multitud siempre espera una protesta, no im-

porta cuan flagrante sea la falta cometida. El réferi me echó afuera. Hirviendo de frustración patiné hacia el box de las penalidades. Mientras entraba, escuchando el ruido de la base de mis patines sobre la madera del piso, oí el ladrido de los altavoces:

—Penalidad. Barret, de Harvard. Dos minutos. ¡Ya!

La muchedumbre abucheó, varios de los de Harvard impugnaron la visión y la integridad de los referís. Yo traté de contener el aliento, sin mirar arriba y sin mirar hacia el hielo, donde los de Dartmouth nos estaban dando con todo, además de superarnos en número.

—¿Por qué estás sentado aquí, cuando todos tus compañeros están jugando?

Era la voz de Jenny. La ignoré, alentando a los jugadores de mi equipo.

—¡Vamos, arriba, Harvard! ¡Agarren esa pelota!

—¿Qué hiciste de malo?

Me di vuelta para contestarle. Era mi invitada, al fin y al cabo.

—Jugué muy fuerte.

Y volví a mirar a mis compañeros, que trataban de impedir los esfuerzos de Al Redding para marcar un gol.

—¿Es una desgracia tan grande?

—¡Jenny, por favor, estoy tratando de concentrarme!

—¿En qué?

—¡En cómo voy a hacer pomada al hijo de puta de Al Redding!

Miré hacia la cancha, de hielo para dar un apoyo moral a mis colegas.

—¿Eres un jugador sucio?

Mis ojos estaban fijos en nuestro gol, ahora difícil por el movimiento del enjambre de los Verdes hijos de puta. No veía la hora de estar de nuevo allí. Jenny insistió:

—¿A mí me harás "pomada" alguna vez?

Le contesté sin volverme.

—Lo haré ya mismo si no te callas la boca.

—Me voy. Adiós.

Cuando me di vuelta ella había desaparecido. Mientras me ponía de pie para mirar más lejos, tratando de divisarla, fui informado de que mis dos minutos habían pasado. Salté la barrera. . . ¡y otra vez en el hielo!

La multitud festejó mi regreso. Barrett al *wing* para que funcione el *team*: En cualquier lugar que se escondiera, Jenny oiría el enorme entusiasmo que despertaba mi presencia. Pero a quién le importa donde está ella,

¿Dónde está?

Al Redding dio su golpe sanguinario, que

nuestro arquero pudo desviar hacia Gene Kennaway, quien a su vez me lo pasó a mí. Mientras patinaba detrás de la pelota pensé que tenía un décimo de segundo para echar una ojeada a las tribunas, buscando a Jenny. Lo hice. La vi. Estaba allí.

Inmediatamente después me habían sentado de culo.

DosVerdes hijos de puta se habían arrojado sobre mí y mi trasero estaba sobre el hielo y yo —¡Cristo!— sentía una vergüenza fuera de todo lo imaginable. ¡Barrett caído! Podía oír a los leales hinchas de Harvard gritando por mí mientras patinaba. Podía oír a los de Dartmouth, sedientos de sangre y ululando.

— ¡Que lo maten, que lo maten!

¿Qué pensaría Jenny?

Dartmouth tenía la pelota otra vez cerca de nuestro arco, y otra vez nuestro arquero desvió el tiro. Kennaway se la pasó a Johnston, quien la disparó hacia mí (ya me había parado entonces). Ahora la multitud se había vuelto salvaje. Esto se tenía que transformar en un gol. Tomé la pelota y corrí a través de la línea azul de Dartmouth. Dos defensores de ellos venían derecho a mí.

—¡Dale, Oliver, Dale! ¡Sácales la cabeza!

Escuché el grito agudo de Jenny entre el gen-

tío. Fue exquisitamente violento. Esquivé a uno de los defensores, me arrojé sobre el otro con tanta fuerza que perdió el aliento y entonces, para no errar, se la pasé a Davey Johnston que se había colocado en el lugar justo. Davey golpeó hacia la red. ¡Gol de Harvard!

Un instante después nos estábamos abrazando y besando. Yo y Davey Johnston y los otros, muchachos. Abrazándonos y besándonos y palmeándonos y saltando de un lado a otro (sobre los patines). La multitud gritaba. El tipo de Dartmouth al que yo había golpeado todavía estaba de culo. Los hinchas tiraban los programas a la cancha. Esto acabó de romper la línea trasera de Dartmouth. (Se trata de una metáfora, porque en realidad el defensor se levantó cuando recuperó el aliento). Les ganamos 7 a 0.

Si yo fuera un sentimental, si me importara tanto Harvard como para colgar una foto en la pared, no sería la de Winthrop House, o la de Mem Church, sino la de Dillon. Dillon Field House, el pabellón deportivo. Si tuve un hogar espiritual en Harvard, éste lo fue. Nate Pusey<sup>3</sup> puede anularme el diploma por decir esto, pero la Biblioteca Widener significa mucho menos

<sup>3</sup>*Nate Pusey*: Dr. Nathan Pusey presidente de la Universidad de Harvard.

para mí que Dillon. Cada tarde, durante mi vida universitaria, caminaba hacia ese lugar, saludaba a mis compañeros con amistosas obscenidades, me quitaba los adornos de la civilización y me convertía en un deportista. ¡Qué cosa grandiosa ponerse las almohadillas y la camiseta con el viejo número 7! (Tenía pesadillas en las que me quitaban ese número; nunca lo hicieron). ¡Qué grandioso tomar los patines y caminar hacia la pista de patinaje Watson!

El regreso a Dillon solía ser mejor todavía. Quitándome esos deliciosos trapos, bailando desnudo hacia la oficina de abastecimiento para buscar una toalla.

*"¿Cómo te fue hoy, Ollie"*

*"Fenómeno, Richie. Fenómeno, Jimmy".*

Y después a las duchas, para escuchar quién hizo qué a quién y cuántas veces el último sábado por la noche. *"Los jodimos a esos asquerosos de Mount Ida ¿no?. . ."*. Y yo tenía el privilegio de disfrutar de un lugar privado para meditar. Con la bendición de una rodilla estropeada (sí, bendición: ¿no han visto acaso mi tarjeta de enrolamiento?) , tenía que darle masajes hidroterápicos después de jugar. Mientras me sentaba y miraba las argollas girando alrededor de mi rodilla, podía catalogar mis tajos y magulladuras (en cierto sentido los disfrutaba), y me distraía

pensando de todo un poco. Esta noche podría pensar en el gol logrado con mi ayuda, y en el que metí yo mismo después. Y considerar virtualmente preservado mi tercer All-Ivy consecutivo.

—¿Haciéndote masajitos, Ollie?

Era Jackie Felt, nuestro entrenador y guía espiritual autodesignado.

—¿Y qué te parece, Felt? ¿Que me estoy cagando a palos?

Jackie refunfuñó, pero se le iluminó la cara en una mueca idiota.

—¿Sabes lo que te pasa en esa rodilla, Ollie? ¿Lo sabes?

He ido a todos los traumatólogos en las grandes ciudades del este, pero Felt creía saber mucho más que ellos.

—No estás comiendo como es debido.

Realmente, no estaba muy interesado en el tema.

—No comes bastante sal.

Si le seguía la corriente probablemente se fuera.

—Okay, Jack, empezaré a comer más sal.

¡Jesús, cómo se puso de contento! Se fue con una sorprendente expresión de triunfo en su cara idiota. Sea como fuere, estaba solo otra vez. Dejé que mi cuerpo agradablemente dolorido se

deslizara en el agua, cerré los ojos y permanecí sentado allí, con el calor hasta el cogote. Ahhhh.

¡Jesús! Jenny estaría esperándome afuera. ¡Ojalá! ¡Todavía! ¡Jesús! ¿Cuánto tiempo estuve disfrutando de ese bienestar mientras ella me aguardaba en el exterior, en el frío de Cambridge? Logré batir un nuevo récord al vestirme. Ni siquiera estaba del todo seco cuando empujé la puerta principal de Dillon.

El aire frío me azotó. Dios, estaba helando. Y oscuro. Aún quedaba un grupito de hinchas. Casi todos viejos fanáticos del hockey, graduados que nunca habían podido desprenderse mentalmente de las almohadillas. Tipos como el viejo Jordán Jencks, que asiste hasta a los partidos más intrascendentes, aquí o en otra parte. ¿Cómo lo hacen? Quiero decir: Jencks, por ejemplo, es un gran banquero, no debe tener demasiado tiempo libre. ¿Y *por qué* lo hacen?

—Flor de empujón te dieron, Oliver.

—Sí, señor Jencks. Usted ya sabe cómo son esos, la clase de juego sucio que practican.

Mientras hablaba miraba hacia todas partes, tratando de descubrir a Jenny. ¿Se habría ido caminando de vuelta a Radcliffe, sola?

—¿Jenny?

Me alejé tres o cuatro pasos de los hinchas, buscándola desesperadamente. Ella surgió de im-

provisó detrás de unos arbustos, su cara envuelta en un echarpe, dejando ver sólo los ojos.

—Hola, Preppie. Hace un frío loco aquí afuera.

¡Cómo me alegró verla!

—¡Jenny!

Casi instintivamente la besé, con suavidad, en la frente.

—¿Quién te dio permiso?

—¿Qué?

—¿Te dije que podías besarme?

—Lo siento. Me dejé llevar.

—Yo no.

Estábamos casi demasiado solos allí afuera, y estaba oscuro y hacía frío y era tarde. La besé otra vez. Pero no en la frente ni con suavidad. Duró un largo delicioso momento. Cuando terminamos, ella permanecía aferrada a mis mangas.

—No me gusta —dijo.

—¿Qué?

—El hecho de que me guste.

Mientras regresábamos caminando (tengo auto, pero ella quiso caminar), Jenny se tomó de mi manga. De mi manga, no de mi brazo. No me pidan que lo explique. En el umbral de Briggs Hall, el pabellón de los dormitorios de las chicas, no le di el beso de las buenas noches.

—Escucha, Jen, probablemente no te llame por unos meses.

Se quedó un rato en silencio. Un ratito.

Finalmente preguntó:

—¿Por qué?

—Bueno, entonces quizá te llame ni bien llegue a mi pieza.

Me di vuelta y empecé a caminar.

—¡Cretino! —oí que murmuraba.

Giré otra vez sobre mí mismo y lancé, desde una distancia de cinco metros:

—Mira, Jenny, podrás hacerte la desentendida, pero en realidad no puedes resistirte.

Me hubiera gustado ver la expresión de su cara, pero la estrategia me impedía acercarme y hacerlo.

Mi compañero de cuarto, Ray Stratton, estaba jugando al póker con dos compinches de fútbol cuando entré.

—Hola, animales.

Respondieron con los gruñidos pertinentes.

—¿Conseguiste algo esta noche, Ollie? —preguntó Ray.

—Un apoyo y un gol —repliqué.

—¿Aparte del asunto Cavilleri?

—Eso no es cosa tuya —repliqué.

—¿Quién es ésa? —preguntó una de las bestias

— Jenny Cavilleri, —contestó Ray—. Una musiquera cursilona.

—La conozco —dijo otro—. Una culo fruncido.

Ignoré a esos guachos calentones hijos de puta mientras desenchufaba el teléfono para llevarlo a mi dormitorio.

— Toca el piano en la Bach Society —dijo Stratton.

—¿Y qué le toca a Barrett?

—¡Vaya uno a saber!

Bufidos, gruñidos y carcajadas. Los animales se reían.

—Señores —anuncié mientras me las tomaba—, métanse sus opiniones en el ojete.

Cerré mi puerta sobre otra ola de bramidos infrahumanos, me saqué los zapatos, me recosté en la cama y disqué el número de Jenny.

Hablamos en susurros.

—Hola, Jen...

—;Sáa?

— Jen... qué dirías si te dijera...

Vacilé. Ella esperaba.

—Pienso. . . Pienso que te quiero.

Hubo una pausa. Después ella respondió suavísimamente.

—Diría. . . que tienes la cabeza llena de caca.

Y cortó.

Pero no me sentí desgraciado. Ni sorprendido.

### 3

En el partido de Cornell me hirieron. Fue por mi culpa, de veras. En un momento crítico cometí el desgraciado error de referirme a su centro como "pajero canadiense". Mi distracción fue no recordar que cuatro miembros de su equipo eran canadienses —todos, según lo demostraron, extremadamente patriotas, bien constituidos y nada sordos—. Por agregar un insulto a una injuria me castigaron. Y no con una suspensión común: nada menos que cinco minutos por armar despelote. ¡Hubieran oído cómo me abuchearon los hinchas de Cornell cuando anunciaron la penalidad! Claro, los hinchas de Harvard que habían venido al infierno de Ithaca, en Nueva York, eran pocos, aunque en el partido se arriesgaba el título de Ivy. ¡Cinco

minutos! Pude ver a nuestra entrenador tirándose de los pelos mientras yo me retiraba al box.

Jackie Felt vino corriendo hacia mí. Recién entonces me di cuenta de que todo el lado derecho de mi cara estaba cubierto de sangre.

—Dios mío —repetía Jackie todo el tiempo, mientras me torturaba con un lápiz antiséptico—. Dios mío, Ollie.

Me quedé sentado e inmóvil, mirando hacia adelante. Me daba vergüenza observar la pista de hielo, donde mis peores temores se realizaban rápidamente: Cornell hizo un gol. Los hinchas de los Rojos gritaron y rugieron y ulularon. Estábamos empatando ahora. Era muy probable que Cornell ganara el partido... y al mismo tiempo el título de Ivy. ¡Mierda! Y yo recién había cumplido la mitad de mi suspensión.

Del otro lado de la pista, el minúsculo contingente de Harvard había quedado ceñudo y silencioso. Por un momento los hinchas de ambas partes me habían olvidado. Sólo un espectador mantenía sus ojos fijos en el box de las penalidades. Sí, él estaba presente. *"Si la reunión termina a tiempo, trataré de llegar a Cornell"*. Sentado entre los de la barra de Harvard —pero sin gritar, por supuesto—, se encontraba Oliver Barrett III.

Del otro lado del golfo de hielo, el Viejo Cara

de Piedra observaba en un silencio inexpresivo cómo la última gota de sangre, en la cara de su hijo, era detenida con cintas adhesivas. ¿En qué le parece a usted que pensaría él? ¿Pst pst pst, o palabritas por el estilo?

*"Oliver, si te gusta tanto pelear, ¿por qué no te pasas al equipo de boxeo?"*

*"Exeter no tiene equipo de boxeo, padre".*

*"Bueno, quizás yo no vendría a tus partidos de hockey".*

*"¿Crees que me peleo para tu provecho, padre?"*

*"Bueno, yo no he dicho "provecho".*

Pero claro ¿quién podía decir en qué estaba pensando? Oliver Barrett III era el Mount Rushmore <sup>1</sup> caminando y a veces hablando. Cara de Piedra.

Tal vez el Viejo Fósil estaba entregado a su usual auto-homenaje: mírenme, hay pocos espectadores de Harvard esta noche, aquí, y sin embargo yo soy uno de ellos. Yo, Oliver Barrett III, un hombre ocupadísimo con Bancos que dirigir y todo eso, he encontrado tiempo para venir a Cornell a un triste partido de hockey. Qué maravilla. (¿Para quién?) .

<sup>1</sup> *Mount Rushmore*: Montaña en cuya cúspide rocosa han sido tallados los rostros de los más importantes presidentes norteamericanos.

La multitud rugió otra vez, ahora de modo realmente salvaje. Otro gol de Cornell. Nos iban ganando, y yo tenía aún dos minutos de suspensión que cumplir. Davey Johnston patinó hacia adelante, la cara enrojecida, enojado. Pasó justo a mi lado sin echarme ni siquiera una ojeada. ¿Me pareció que había lágrimas en sus ojos? Es decir, okay, nos estábamos jugando el título... ¡pero Jesús, lágrimas! En ese entonces Davey, nuestro capitán, tenía una aureola bárbara: durante siete años nunca había jugado del lado perdedor, ni en el secundario ni en la universidad. Era algo así como una pequeña leyenda. Y él era un senior. Y éste era nuestro último y arduo partido.

Que perdimos 6 a 3.

Después del partido, los rayos X determinaron que no tenía huesos rotos, y luego el doctor Richard Selzer me cosió la mejilla con doce puntos. Jackie Felt revoloteaba alrededor del consultorio, diciendo al médico de Cornell que yo no estaba comiendo bien y que todo ésto hubiera podido prevenirse si hubiera tomado las suficientes píldoras de sal. Selzer ignoró a Jack y me hizo una cruda advertencia acerca de que había estado a punto de dañarme “el fondo de la órbita” (estos eran los términos médicos), y que lo más

prudente sería no jugar por una semana. Le di las gracias. Se fue, con Felt tratando de darle caza para seguir hablando con él sobre mi nutrición. Me alegró quedarme solo.

Me duché despacito, cuidando de no mojar-me la cara lastimada. La novocaína me estaba haciendo un poco de efecto, pero de algún modo el dolor me hacía sentir feliz. Es decir, me compensaba. ¿No me había tirado a chanta de puro pajero? Habíamos hecho sonar nuestro título, habíamos roto nuestra propia aureola (ningún sénior había sido nunca derrotado) y la de Davey Johnston también. Quizá la culpa no había sido totalmente mía, pero en ese momento sentía como si lo fuera.

No había nadie en los vestuarios. Todos mis compañeros debían estar ya en el motel. Supuse que ninguno de los muchachos querría verme o hablarme. Con ese terrible gusto amargo en la boca —me sentía tan mal que hasta podía saborearlo—, empaqué mis cosas y salí. No había muchos hinchas de Harvard afuera, en la soledad invernal de ese remoto lugar del estado de Nueva York.

—¿Cómo va tu mejilla, Barrett?

—Bien, gracias, señor Jencks.

—Probablemente necesites un bife, —dijo otra voz familiar. Así dictaminó Oliver Barret III.

Muy típico de él, sugerir la anticuada medida de un pedazo de carne para un ojo en compota.

—Gracias, padre —dije—. El doctor ya me hizo las curaciones necesarias —le mostré la venda de gasa que cubría los doce puntos de Selzer.

—Quiero decir que probablemente tu estómago necesite un bife, hijo.

En la mesa mantuvimos otra serie continuada de nuestras no-conversaciones, de esas que comienzan con un "¿Cómo van tus cosas?" y terminan con "¿Hay algo que yo pueda hacer?".

—¿Cómo van tus cosas, hijo?

—Muy bien, señor.

—¿Te duele la cara?

—No, señor.

Me estaba empezando a doler como la mismísima mierda.

—Me gustaría que Jack Wells te viera esa herida el lunes.

—No hará falta, padre.

—Es un especialista.

—El médico de Cornell no era precisamente un veterinario —dije, esperando empañar ese entusiasmo tan usual y tan snob de mi padre por todo lo que fuera especialistas, expertos y otra clase de "gente bien".

—Malo, malo —susurró Oliver Barrett III en

algo que al principio tomé como una estocada de humor—. Ese tajo que te hicieron es una *animalada*.

—Sí, señor —dije. (¿Por qué se suponía que debía sonreír entre dientes?).

Y enseguida me pregunté si ese casi rasgo de ingenio no tuvo la intención de ser una especie de reprimenda implícita, por mis actitudes en la cancha.

—¿Quieres decir que esta tarde me he portado como un animal?

Su expresión sugirió algún placer ante el sencillo hecho de que se lo preguntara. Pero contestó simplemente:

—Fuiste tú quien habló de veterinarios. —En ese momento decidí ponerme a estudiar el menú.

Mientras nos servían, el Viejo Fósil se sumergió en otro de sus estúpidos sermones, esta vez, si mal no recuerdo —aunque trato de no hacerlo—, concerniente a victorias y derrotas. Observó que habíamos perdido el título (¡muy perspicaz de tu parte, padre!), pero que después de todo, en materia de deportes, no interesa tanto ganar como jugar. Su perorata sonaba sospechosamente parecida a una paráfrasis del lema olímpico, y sentí que eso era una insinuación para tirar por la ventana competencias tan triviales como el título de Ivy. Pero no me sentía como

para seguirle la corriente, de modo que le regalé sus cuotas de "sí, señor" y punto.

Seguimos el trascurso de la conversación, centrado en el tema favorito del Viejo Fósil: *mis planes*.

—Dime, Oliver ¿tuviste noticias de la Escuela de Derecho?

—Todavía no he decidido definitivamente si voy a seguir Derecho, padre.

—Yo sólo preguntaba si la Escuela de Derecho ha tomado alguna decisión sobre ti.

¿Otro rasgo de ingenio? ¿Se suponía que era obligatorio reír ante el rosario retórico de mi padre?

—No, señor, no he tenido noticias.

—Podría telefonar a Price Zimmerman.

—¡No! —fue un reflejo instantáneo el que me hizo interrumpirlo—. Por favor no, señor.

—No lo haría para presionar —dijo O. B. III al instante—. Sólo para preguntar.

—Padre, quiero recibir esa comunicación igual que todos los demás. Por favor.

—Sí. por supuesto. Bien.

—Gracias, señor.

—Por otra parte, no hay muchas dudas acerca de que te acepten.

No sé por qué, pero O. B. III tiene una espe-

cialísima manera de disminuirme aunque pronuncie frases laudatorias.

—No es ninguna ganga —repliqué—. Después de todo, ellos no tienen equipo de hockey.

No tengo ni idea de por qué me estaba tirando yo mismo a matar. Debe haber sido para llevarle la contra, porque *él* tomaba siempre el bando opuesto.

—Tienes otras cualidades —dijo Oliver Barret III, pero declinando especificarlas. (Dudo que hubiera podido hacerlo).

La comida era tan insulsa como la conversación, con la diferencia de que yo podía predecir el grado de dureza de los pancitos antes de que llegaran, mientras que nunca adivinaría qué tema mi padre expondría blandamente ante mí.

—Y siempre está el Cuerpo de la Paz —recalcó, completamente fuera del asunto.

—¿Señor? —pregunté, no muy seguro de hallarme frente a una afirmación o una interrogación.

—Pienso que el Cuerpo de la Paz es una gran cosa ¿no te parece? —dijo.

—Bueno —contesté—, realmente es mejor que un Cuerpo de Guerra.

Ambos estábamos confundidos. Yo no sabía qué quería decir él y viceversa. ¿Sería por el tema? ¿Discutiríamos ahora las noticias de actua-

lidad o los programas de gobierno? No. Yo había olvidado por un momento que la quintaesencia de nuestras conversaciones está siempre en *mis planes*.

—Ciertamente, no haría objeciones si te unieras al Cuerpo de la Paz, Oliver.

—Yo tampoco; señor —contesté haciendo juego con su propia generosidad de espíritu. Estoy seguro de que el Viejo Fósil nunca me escucha, por lo tanto no me sorprendió que no reaccionara ante mi tranquilo y pequeño sarcasmo.

—Pero entre tus compañeros —continuó— ¿qué actitud reina sobre eso?

—¿Señor?

—¿Piensan que el Cuerpo de la Paz es importante para sus vidas?

Supongo que mi padre necesitaba oír la frase tanto como el pez necesita el agua:

—Sí, señor.

También el pastel de manzana estaba viejo.

A eso de las once y media lo acompañé hasta su coche.

—¿Hay algo que yo pueda hacer, hijo?

—No, señor. Buenas noches, señor.

Y arrancó.

Sí, hay aviones entre Boston e Ithaca, Nueva York. Pero Oliver Barret III eligió manejar él

mismo. Unas cuantas horas al volante, que no podían tomarse como una especie de gesto paternal porque a mi padre *le gustaba* conducir, simplemente. Rápido. Y a esa hora de la noche, en un Aston Martin DBS, se puede ir más ligero que el mismísimo diablo. No lo dudé: Oliver Barrett III batiría su propio récord de velocidad entre Ithaca y Boston, establecido el año anterior, cuando le ganamos a Cornell y obtuvimos el título. Lo sé porque vi que al poner el coche en marcha daba un vistazo a su reloj.

Volví al motel para telefonar a Jenny. Ese era el mejor momento de la noche. Le conté todo acerca de la pelea (omitiendo la naturaleza precisa del *casus belli*), y puedo asegurar que disfrutó de la cosa. No muchos de sus tragones amiguitos musiqueros tenían oportunidad de dar o recibir puñetazos.

—¿Pero al menos te desquitaste del tipo que te pegó?

—Totalmente. Lo hice bolsa.

—Me hubiera gustado verlo. Quizás le des una paliza a alguno en el partido con Yale ¿eh?

—Sáa.

Sonreí. Cómo le gustaban a ella las cosas simples de la vida.

## 4

—Jenny está en el teléfono de abajo.

Esta información me fue proporcionada por la telefonista, aunque yo no me había identificado ni anunciado mi propósito de aparecer en Briggs Hall, ese lunes por la tarde. Rápidamente deduje que aquello significaba varios puntos a mi favor. Era obvio: la Cliffie que me recibió leía el *Crimson* y me conocía. Okay, eso pasaba muy a menudo. Más importante era el hecho de que Jenny, por lo visto, había mencionado que salíamos juntos.

— Gracias —dije—. Esperaré aquí,

—Lástima lo de Cornell. El *Crimson* dice que cuatro tipos te la dieron.

—Sí. Y me suspendieron *a mi*. Cinco minutos.

—Sáa.

La diferencia entre un amigo y un hincha del equipo en que uno juega, es que con los últimos la conversación se acaba enseguida.

—¿Jenny está aún en el teléfono?

Ella chequeó el conmutador y replicó:

—Sí.

¿Con quien hablaría tanto Jenny? ¿Quién que valiera tanto la pena como para hacer perder algunos momentos de una cita conmigo? ¿Algún musiquero tragón? Yo sabía muy bien que Martin Davidson, uno de los del curso superior de Adams House, conductor de la orquesta de la Bach Society, consideraba que tenía ciertos privilegios en la atención de Jenny. Nada físico: no creo que el tipo pudiera mover nada más que su batuta. De todos modos, pondría fin a esa usurpación de mi tiempo.

—¿Dónde está la cabina telefónica?

—Dando la vuelta a la esquina. —Ella señaló en la dirección exacta.

Marché lentamente hacia la sala de estar. Desde lejos pude ver a Jenny en la cabina. Había dejado la puerta abierta. Caminé suavemente, como por casualidad, esperando que ella me viera, que viera mis vendas, mis lesiones, y se sintiera obligada a colgar el tubo y correr hacia

mis brazos. Al aproximarse pude oír fragmentos de conversación.

—Sáa. ¡Por supuesto! Absolutamente. Oh, yo también, Phil. Yo también te quiero, Phil.

Me paré en seco. ¿Con quién estaba hablando? No con Dávidson, que no se llamaba Phil por ninguna parte. Hacía tiempo había buscado su nombre en el Registro de Clases: *Martin Eugene Dávidson, 70 Riverside Drive, Nueva York, Escuela Superior en Música y Arte*. Su foto sugería sensibilidad, inteligencia, y unos quince kilos menos que yo. ¿Pero por qué me molestaba Dávidson? Evidentemente ambos, él y yo, éramos dejados de lado por Jenny Cavilleri que en ese momento estaba (¡qué chocante!) mandando besos por teléfono.

Había estado fuera sólo cuarenta y ocho horas, y eso bastaba para que algún hijo de puta llamado Phil se zambullera en la cama con Jenny (¡tenía que ser eso!).

—Sí, Phil, yo también te quiero. Adiós.

Mientras colgaba me vio, y casi sin ruborizarse sonrió y me tiró un beso. ¿Cómo podía ser tan hipócrita?

Me besó suavemente en la mejilla sana.

—Uy. . . Estás espantoso.

—Me lastimaron, Jen.

—¿El otro quedó peor?

—Mucho peor. Siempre logro que el otro quede peor.

Dije eso tan ominosamente como pude, algo así como implicando que podía cascar a cualquier presunto rival que se metiera con ella mientras yo estuviera fuera de su vista y, evidentemente, también fuera de sus pensamientos. Ella se tomó de mi manga y fuimos hacia la puerta.

—Buenas noches, Jenny —dijo la chica del teléfono.

—Buenas, Sara Jane —devolvió Jenny.

Cuando estuvimos afuera, antes de subir a mi MG, me oxigené los pulmones con una bocanada de aire del atardecer y largué la pregunta tan casualmente como pude.

—Oye, Jenny.

—¿Eh?

—Mmmm. . . ¿quién es Phil?

Ella contestó sobre el pucho, mientras subía al auto:

—Mi padre.

Yo no estaba como para creer una historia semejante.

—¿A tu padre lo llamas Phil?

—Ese es su nombre. ¿Cómo llamas al tuyo?

Una vez Jenny me había contado que había

sido criada por su padre, una especie de panadero de Cranston, Rhode Island. Cuando ella era muy chica su madre se mató en un accidente de auto. Me decía todo eso para explicarme por qué no tenía licencia de conductor. Su padre, en cualquier otra cosa "un tipo formidable" (sus propias palabras), era increíblemente supersticioso en cuanto a dejar que su única hija manejara. Esto fue una verdadera tragedia durante los últimos años de la Escuela Superior, cuando ella estudiaba piano con un tipo en Providence. Pero entonces, durante los largos viajes en ómnibus, empezó a leer todo Proust.

—¿Cómo llamas al tuyo? —preguntó otra vez.

Estaba tan distraído que no oí su pregunta.

.—¿Mi qué?

—¿Qué término empleas cuando te refieres a tu progenitor?

Le contesté con el término que siempre hubiera deseado emplear.

— Jodeputa.

—¿En su cara? —preguntó ella.

—Nunca le vi la cara.

—¿Usa una máscara?

—En cierto modo, sí. De piedra. Toda de piedra.

—Sigue. Él debe estar orgulloso como el diablo. Eres el mejor atleta de Harvard.

La miré. Supongo que ella no sabía todo, al fin de cuentas.

—También él lo fue, Jen.

—¿Más grande que el *wing* de All-Ivy?

Me gustó la manera en que ella disfrutaba de mis credenciales deportivas. Lástima que me tuviera que tirar a matar yo mismo para reconocer los méritos de mi padre.

—Participó en las competencias individuales de remo en las Olimpiadas de 1928.

—Dios —dijo ella—. ¿Ganó?

—No —respondí. Y espero que ella pudiera darse cuenta de que el hecho de que mi padre resultara sexto en las finales, actualmente me hacía sentir un poco más cómodo.

Hubo un pequeño silencio. Ahora quizá Jenny podía entender que ser Oliver Barrett IV no significaba sólo vivir con ese gris edificio de piedra en el *campus* de Harvard. Incluye también una especie de intimidación muscular. Quiero decir: la imagen de una proeza atlética cayendo sobre usted. Bah, sobre mí.

—¿Pero qué hace él para calificarlo como un jodeputa?

—Me la hace.

—¿Cómo?

—*Me la hace* —repetí.

Sus ojos se abrieron como platillos.

—¿Quieres decir algo como *incesto*? —preguntó.

—No me vengas con tus líos familiares, Jen. Bastante tengo con los míos.

—No entiendo, Oliver —dijo Jenny—. ¿Qué es lo que te hace?

—Me hace hacer las cosas correctas —dije.

—¿Y qué hay de incorrecto en las "cosas correctas"? —preguntó ella, fascinada con la aparente paradoja.

Entonces le conté cómo me repugnaba haber sido programado para la Tradición Barrett —cosa que ella pudo haber notado, viendo cómo me rebajaba el tener que mencionar la numeración al final de mi nombre. Y no me gustaba tener que producir una equis cantidad de proezas por cada cifra de ese número.

—¡Oh, sí! —dijo Jenny en un claro sarcasmo—. ¡Ya noté cómo odias sacar las mejores notas y ser All-Ivy!

—¡Lo que odio es que él no esperaba menos! —Decir lo que siempre había sentido (pero nunca había dicho), me hizo sentir como la mismísima mierda. Pero ahora tenía que hacérselo entender todo a Jenny—. Y él está tan increíblemente seguro cuando rindo bien. Quiero decir: siempre me toma como una absoluta garantía.

—Pero es un hombre de negocios. ¿Acaso no dirige montones de bancos y esas cosas?

—¡Jesús, Jenny! ¿Se puede saber de qué lado estás?

—¿Es una guerra, acaso?

—Definitivamente —repliqué.

—Eso es ridículo, Oliver.

No parecía muy convencida. Y allí tuve la primera sospecha de una brecha cultural entre nosotros. Quiero decir que tres años y medio de Harvard-Radcliffe nos habían llevado a ser los engreídos intelectuales que esas instituciones tradicionalmente producen, pero cuando llegaba el caso de aceptar que mi padre estaba hecho de piedra, ella se adhería a alguna atávica noción ítalo-mediterránea: papá-ama-bambinos, y nada se podía argumentar contra eso.

Traté de citar un caso que venía como anillo al dedo: esa ridícula no-conversación después del partido con Cornell. Eso le causó una profunda impresión, pero en el sentido equivocado.

—¿Hizo todo el camino hasta Ithaca para ver un triste partido de hockey?-

Estaba aún obsesionada por el hecho de que mi padre había viajado tanto a causa de un tan (relativamente) trivial acontecimiento deportivo.

—Mira, Jenny, ¿qué tal si lo olvidamos?

—Gracias a Dios, estás emperrado en lo que respecta a tu padre —contestó ella—. Eso quiere decir que no eres perfecto.

—Oh. . . ¿Piensas que *tú sí* lo eres?

—Mierda, no, Preppie. Si lo fuera ¿estaría saliendo contigo?

De vuelta a lo mismo, como siempre.

## 5

Me gustaría decir una palabra acerca de nuestras relaciones físicas.

Por un tiempo extrañamente largo no hubo ninguna. Es decir, no hubo nada más importante que esos besos ya mencionados (los recuerdo a todos y a cada uno todavía, detalladamente). En lo que a mí respecta, no era el procedimiento standard, siendo más bien impulsivo, impaciente y rápido para la acción. Si se le hubiera dicho a alguna de la docena de chicas de Tower Court, Wellesley, que por tres semanas Oliver Barrett IV había estado *diariamente* con una dama, sin acostarse con ella, seguro se hubiera reído y cuestionado seriamente la feminidad de la chica en cuestión.

Pero por supuesto, los hechos actuales eran diferentes.

*Yo no sabía qué hacer.*

No interpreten mal ni tomen esto demasiado literalmente. Conocía todos los movimientos. Sólo que no podía lidiar con mis propios sentimientos acerca de qué hacer con ellos. Jenny era demasiado viva, y me daba miedo que se riera de lo que yo tradicionalmente había considerado el romántico (y entrador) estilo de Oliver Barrett IV. Temía ser rechazado, sí. Temía también ser aceptado por motivos erróneos. Lo que me cuesta, decir es que sentía hacia Jenny algo distinto, y no sabía cómo expresarlo ni a quién preguntar nada ("Me hubieras preguntado a mí", dijo ella después). Sólo sabía que sentía de ese modo. Por ella. Por toda ella.

—Te van a poner un huevo, Oliver.

Estábamos sentados en mi cuarto un domingo por la tarde, leyendo.

—Oliver, te van a poner un huevo si te vas a pasar el tiempo mirándome estudiar.

—No te estoy mirando estudiar. Estoy estudiando.

—Mentiroso. Me estás mirando las piernas.

—Sólo de vez en cuando. Una vez por capítulo.

—Los capítulos de ese libro deben ser muy cortos.

—Escucha, monstruo narcisista: ¡No eres algo tan pero tan grandioso!

—Lo sé. ¿Pero qué puedo hacer si tú piensas que lo soy?

Tiré mi libro y crucé la habitación hasta donde ella estaba sentada.

—Jenny, por el amor de Dios, ¿cómo voy a leer a John Stuart Mill si a cada segundo me muero de ganas de hacer el amor?

Ella arrugó la frente y se enfurruñó.

—¡Oliver, por favor!

Me estaba inclinando hacia su silla. Ella bajó los ojos hacia su libro.

—Jenny...

Cerró el libro suavemente, lo puso abajo y colocó sus manos a los lados de mi cuello.

—Oliver. . . Por favor.

Todo sucedió enseguida. Todo.

Nuestro primer encuentro físico fue el polo opuesto de nuestro primer encuentro verbal. Todo tan poco precipitado, tan suave, tan dulce. Nunca me había dado cuenta de que ésta era la verdadera Jenny —la suavísima, cuyo contacto era tan leve y tan tierno. Y aún algo

más sorprendente: mi propia respuesta. *Yo* fui cariñoso. *Yo* fui tierno. ¿Era éste el verdadero Oliver Barrett IV? Como ya dije, nunca había visto a Jenny con algo más que un botón de su suéter desprendido de más. De alguna manera me sorprendió descubrir que usaba una pequeña cruz dorada. Era una de esas cadenas que nunca se abren. Quiero decir que, cuando hicimos el amor, ella usaba esa cruz. En un momento de descanso de esa tarde deliciosa, en uno de esos momentos en que todo y nada es importante, toqué la crucecita y le pregunté qué tendría que decir su cura acerca de que estábamos juntos en la cama y todo eso. Ella contestó que no tenía cura.

—¿No eres una buena chica católica? —pregunté.

—Bueno, soy una chica —dijo—. Y soy buena.

Me miró esperando un asentimiento y yo sonreí. Ella sonrió a su vez.

—Son dos cosas de las tres.

Entonces le pregunté el porqué de esa cruz. Y soldada, nada menos. Me explicó que había sido de su madre, la usaba por razones sentimentales, no religiosas. La conversación se volvió otra vez hacia nosotros mismos.

—Oliver, ¿te dije que te quiero? —preguntó.

—No, Jen.

—¿Por qué no me lo preguntaste?

—Tenía miedo, sinceramente.

—Pregúntamelo ahora.

—¿Me quieres, Jenny?

Me miró y al responder no fue nada evasiva.

—¿Qué te parece?

—Me parece que sí. Espero. Puede ser.

La besé en el cuello.

—¿Oliver?

—¿Sí?

—En realidad no es que te quiera. . .

—¡Oh, Cristo! Qué era esto?

—Te adoro, Oliver.

## 6

Me gusta Ray Stratton.

No sería un genio o un gran jugador de fútbol (era un poco lerdo), pero siempre fue un buen compañero y un amigo leal. Y cómo sufrió el pobre pelotudo a través de casi todo nuestro último año. ¿A dónde iba a estudiar cuando veía la corbata puesta en el picaporte de nuestro cuarto (la seña tradicional por "adentro en actividad")? Admitamos que él nunca estudió mucho, pero de vez en cuando tenía que hacerlo. Pongamos que usara la biblioteca, o Lamont, o el Pi Eta Club. ¿Pero dónde dormía esas noches de sábado, cuando Jenny y yo decidíamos desobedecer las normas del pensionado y permanecer juntos. Ray tenía que mendigar lugares donde tirarse a apollillar

un rato, camas de vecinos, etc., suponiendo que ellos, a su vez, no tuvieran algún asuntito. Bueno, al menos fue después de la temporada de fútbol. Y yo hubiera hecho lo mismo por él.

¿Pero cuál era la recompensa de Ray? En otros tiempos compartía con él los mínimos detalles de mis triunfos amorosos. Ahora no sólo se le negaban esos inalienables derechos de compañeros de cuarto, sino que tampoco admití nunca que Jenny y yo fuéramos amantes. Sólo le hacía saber cuándo necesitábamos la pieza, y nada más. Stratton podía sacar las conclusiones que quisiera.

—Quiero decir. . . ¡Cristo! Barrett: ¿lo haces o no?

—Raymond, como amigo te pido que no hagas preguntas.

—Pero Cristo, Barrett! ¡Las tardes, los viernes a la noche, los sábados a la noche! ¡Cristo, *deben* hacerlo!

—Si estás seguro ¿por qué preguntas tanto?

—Porque no me parece saludable.

—¿Qué cosa?

—Toda la situación, Ol. Quiero decir que antes nunca fue así. Quiero decir. . . ese total congelamiento de detalles dedicados al gran Ray. Quiero decir... la situación no tiene ga-

rantías. Insalubre. Cristo: ¿qué hace ella que es tan diferente?

—Mira, Ray, es un maduro asunto de amor.

—¿Amor?

—¡No la pronuncies como si fuera una palabrota!

—¿Amor? ¿A tu edad? Cristo, lo siento mucho, viejo.

—¿Por qué? ¿Te preocupa mi salud?

—Tu soltería. Tu libertad. ¡Tu vida!

Pobre Ray. Realmente sentía todo eso.

—Miedo de perder tu compañero de cuarto, ¿eh?

—Mierda. En cierto sentido *he ganado* un compañero más. Ella pasa mucho tiempo aquí.

Yo me estaba vistiendo para un concierto, de modo que el diálogo terminaría pronto.

—No te calientes, Raymond. Todo se va a cumplir: tendremos ese departamento en Nueva York. Chicas distintas todas las noches. Haremos cualquier cosa.

—No me vengan con eso, Barrett. Esta chica *te agarró*.

—Todo está bajo control —contesté—. Quédate tranquilo. —Me estaba ajustando la corbata y ya enfilaba hacia la puerta. Stratton no estaba del todo convencido.

—Escucha, Ollie...

-¿Sí?

—Pero lo hacen, ¿no?

—¡Por Dios, Stratton!

Yo no llevaba a Jenny a ese concierto, iba a *verla* actuar en él. La Bach Society ejecutaba el Quinto Concierto Brandemburgués en la Dunster House, y Jenny era solista de clavecín. Yo la había escuchado tocar muchas veces, por supuesto, pero nunca con un grupo o en público. ¡Cristo, qué orgulloso estaba! No cometió ningún error que yo pudiera notar.

—Me cuesta creer lo bien que estuviste —le dije después del concierto.

—Eso demuestra lo que sabes de música, Preppie.

—Sé lo bastante.

Estábamos en el patio de Dunster. Una de esas tardes de abril en que uno cree que la primavera se decidirá a llegar, finalmente, a Cambridge. Sus colegas musiqueros estaban paseando por allí cerca (incluido Martin Davidson, que arrojaba invisibles bombas de odio en mi dirección), de modo que no pude demostrarle a Jenny mis conocimientos del teclado.

Cruzamos el Memorial Drive para caminar a lo largo del río.

—Avívate, Barrett, por favor. Toqué bien.

no genialmente. Ni siquiera al estilo All-Ivy. Sólo okay. ¿Okay?

—Okay. Tocaste okay. Sólo quise decir que tienes que perseverar.

—¿Y quién dijo que no pienso perseverar, por amor de Dios? Voy a estudiar con Nadia Boulanger ¿no?

¿De qué carajo estaba hablando? Por la forma en que calló inmediatamente, presentí que era algo que no había tenido intenciones de mencionar.

—¿Quién? —pregunté.

—Nadia Boulanger. Una famosa profesora de música. En París. —Pronunció las últimas palabras con bastante rapidez.

—¿En París? —pregunté con bastante lentitud.

—Tomó unos pocos alumnos americanos. Yo tuve suerte. Y también una buena beca.

—Jennifer, ¿te vas a París?

—Nunca vi Europa. Me cuesta esperar.

La agarré por los hombros. Probablemente estuve muy brusco, no sé.

—¿Cuánto hace que lo tienes decidido?

Por una vez en su vida, Jenny no pudo mirarme derechamente a los ojos.

—Ollie, no seas estúpido —dijo—. Es inevitable.

—¿Qué es inevitable?

—Que nos graduemos y cada uno siga su camino. Tú a la Escuela de Derecho y. . .

—Espera un minuto. ¿De qué estás hablando?

Ahora sí me miró a los ojos. Y su cara estaba triste.

—Ollie, eres un *preppie* millonario y yo soy, socialmente, un cero a la izquierda.

Yo la sostenía aún por los hombros.

—¿Y eso qué mierda tiene que ver con lo de cada uno por su camino? Estamos juntos ahora, somos felices.

—Ollie, no seas estúpido —repitió—. Harvard es como la bolsa de Navidad de Santa Claus: puedes mezclar cualquier clase de juguetes locos en ella. Pero después la fiesta termina, te sacuden y. . . —Ella vacilaba.

— . . . y no te queda más remedio que volver al lugar que te corresponde.

—¿Quieres decir que vas a volver a hacer galletitas en Cranston, Rhode Island?

Estaba diciéndole cosas desesperadas.

—Masas —dijo ella—. Y no te rías de mi padre.

—Entonces no me dejes, Jenny. *Por favor.*

—¿Y qué hago con mi beca? ¿Y con París, al que no he visto en mi perra vida?

—¿Y nuestro casamiento?

Fui yo quien pronunció esas palabras, aunque

por algunos segundos no estuve muy seguro de haberlo hecho.

—¿Quién dijo algo de casamiento?

—Yo. Lo estoy diciendo ahora.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí.

Ella inclinó la cabeza, no sonrió, pero preguntó simplemente:

—¿Por qué?

La miré fijamente en las pupilas.

—Porque sí —dije.

—Oh —dijo ella—. Esa es una muy buena razón.

Se tomó de mi brazo (no de mi manga esta vez), y seguimos caminando a lo largo del río. No había nada más que decir, realmente.

## 7

Ipswich, Massachusetts, queda a unos cuarenta minutos del puente sobre el río Mystic. todo depende del tiempo y de la manera de manejar. Actualmente he recorrido el camino, en ocasiones, en veintinueve minutos. Un cierto distinguido banquero de Boston dice tener un récord todavía mejor, pero cuando se está discutiendo sobre el tema "menos de treinta minutos desde el puente a lo de Barrett", es difícil separar la realidad de la fantasía. Y ocurre que yo considero veintinueve minutos como el límite absoluto. Uno no puede ignorar las señales de tránsito en la Ruta 1. ¿Puede usted?

—Estás manejando como un loco —dijo Jenny.

—Esto es Boston —contesté—. Aquí todos manejan como locos. —Nos habíamos detenido

ante una luz roja, en la Ruta 1, hacía un instante.

—Nos mataremos antes de que tus padres puedan asesinarlos.

—Escucha, Jen, mis padres son una gente encantadora.

La luz cambió. El MG alcanzó una velocidad de cien kilómetros en menos de diez segundos.

—¿También el jodeputa? —preguntó.

—¿Quién?

—Oliver Barrett III.

—Ah, es un buen muchacho. Te gustará realmente.

—¿Cómo lo sabes?

—A todo el mundo le gusta —repliqué.

—Entonces: ¿por qué no a ti?

—Porque a todo el mundo le gusta —dije.

¿Por qué la llevaba a conocer a mis padres, con todo? Quiero decir: ¿realmente necesitaba la bendición del viejo Cara de Piedra o algo por el estilo? En parte lo hacía porque ella lo deseaba ("Es la manera correcta de hacerlo, Oliver"), y en parte por el simple hecho de que Oliver III era mi banquero en el más craso sentido: él pagaba mi maldita educación.

¿Tenía que ser el domingo a comer, no? Quiero decir, eso es *comme il faut*, ¿eh Domingo, cuando los cretinos automovilistas se agolpaban

en la Ruta 1 poniéndose en mi camino. Logré salir de la Ruta y tomar Groton Street, un camino cuyas curvas había estado aprendiendo a altísimas velocidades desde que tenía trece años.

—No hay casas aquí —dijo Jenny—. Sólo árboles.

—Las casas están detrás de los árboles.

Yendo por Groton Street hay que ser muy cuidadoso para no perder la entrada a nuestra residencia. Y en efecto, yo mismo me descuidé y la perdí. Me había pasado unos trescientos metros cuando grité para hacer alto.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—Nos pasamos —refunfuñé entre obscenidades.

¿Habrá algo simbólico en el hecho de haber retrocedido trescientos metros hasta la entrada de nuestra casa? De cualquier modo, manejé despacio una vez que estuvimos en suelo Barrett. Hay por lo menos ochocientos metros desde Groton Street hasta la propia Dover House. En la ruta se pasa frente a otros. . . bueno, digamos edificios. Pero me imagino que Dover House causa una impresión muy grande cuando se la ve por primera vez.

—¡La gran puta! —dijo Jenny.

—¿Qué pasa, Jen?

—Frena, Oliver. No bromeo. Para el auto.

Frené. Ella estaba fumando.

—Eh. . . Nunca pensé que fuera como esto.

—¿Cómo qué?

—Tan lujoso. Quiero decir, apuesto a que tienes esclavos viviendo allí.

Quise estirarme hasta ella y tocarla, pero mis palmas no estaban secas (cosa rara), de modo que tuve que tranquilizarla verbalmente.

—Por favor, Jen. Todo será muy fácil.

—Sí, sí. . . ¿Pero por qué, de pronto, deseo que mi nombre sea Abigail Adams o Wendy WASP<sup>1</sup>?

Recorrimos el resto del camino en silencio. Estacioné y caminamos hacia la puerta principal. Mientras esperábamos que nos atendieran, Jenny sucumbió a un pánico de último momento.

—Salgamos corriendo —dijo.

—Quedémonos y luchemos —dije.

¿Cuál de los dos estaba bromeando?

La puerta fue abierta por Florencia, una devota y antigua sirvienta de la familia Barrett.

—Ah, niño Oliver —saludó.

¡Dios, cómo odio que me llamen así! Detesto

<sup>1</sup> WASP: White Anglo Saxon Protestant. Descendiente de los primeros colonizadores anglosajones.

esa implícita distinción derogatoria entre el Viejo Cara de Piedra y yo.

Florencia nos informó que mis padres estaban esperando en la biblioteca. Jenny se quedó perpleja frente a algunos de los retratos junto a los que pasamos. No justamente porque varios estuvieran firmados por John Singer Sargent (en especial el de Oliver Barrett II, ocasionalmente expuesto en el Museo de Boston), sino porque se dio cuenta de que no todos mis antepasados primates se llaman Barrett. Había sólidas mujeres Barrett bien casadas que engendraron criaturas tales como Barrett Winthrop, Richard Barrett Sewall y hasta Abbott Lawrence Lyman, quien tuvo la osadía de atravesar la vida (y Harvard, su implícita analogía), llegando a ser un químico laureado sin ni siquiera un Barrett en medio de su apellido.

—¡Jesús! —dijo Jenny—. ¡Veo la mitad de los edificios de Harvard colgada aquí.

—Puro camelo —contesté.

—No sabía que estabas emparentado también con la Sewall Boat House —dijo ella.

—Aja. Desciendo de una larga línea de madera y de piedra.

Al final de la larga hilera de retratos, y justo antes de doblar hacia la biblioteca, hay una

vitrina. En la vitrina hay trofeos. Trofeos deportivos.

—Son bestiales —dijo Jenny—. Nunca he visto ninguna que parezca verdaderamente de oro y plata.

—Es que son de oro y plata.

—¡Jesús! ¿Tuyos?

—No. De él.

Es una indiscutible realidad que Oliver Barrett III no se clasificó en las Olimpiadas de Amsterdam. Sin embargo, también es una gran verdad que obtuvo importantísimas victorias en remo, en otras ocasiones. Varias. Muchas. La bien ilustrada prueba de ello estaba ahora frente a los deslumbrados ojos de Jennifer.

—No dan baratijas como éstas en las ligas de bowling de Granston.

Entonces pensé que me estaba tirando un hueso.

—¿Y tú no tienes trofeos, Oliver?

—Sí.

—¿En una vitrina?

—Arriba, en mi habitación. Debajo de la cama.

Ella me dirigió una de sus típicas miradas y susurró:

—¿Iremos a verlos más tarde, eh?

Antes de que pudiera contestar, o siquiera

adivinar las verdaderas motivaciones de Jenny para sugerir un viajecito a mi dormitorio, fuimos interrumpidos.

—Hola, ustedes. . .

¡Jodeputa! Era Jodeputa.

—Hola, señor. Ésta es Jennifer.

—Hola.

Antes que terminara de presentársela ya estaba él sacudiéndole la mano. Noté que no tenía puesto ninguno de sus trajes de ejecutivo. De verdad que no: Oliver Barrett III llevaba un alegre saco sport de casimir. Y había una insidiosa sonrisa en su habitual continencia pétreo.

—Entren a saludar a la señora Barrett.

Otra emoción estremecedora, tipo "una-sola-vez-en-la-vida", de las que parecía haber cualquier cantidad esperando a Jenny: conocer a Alison Forbes "Botellita" Barrett (en mis momentos perversos me imaginaba cómo su apodo del pensionado podía haber llegado a afectarla, si no hubiera crecido para ser la fervorosa benefactora de museos que era). Los antecedentes demuestran que "Botellita" Forbes nunca completó sus estudios. Dejó Smith College en segundo año, con la total bendición de sus padres, para casarse con Oliver Barrett III.

—Mi mujer, Alison. Ésta es Jennifer.

Él había usurpado ya la Función de presentarla.

—Calliveri —agregué, puesto que el Viejo Cara de Piedra no sabía su apellido.

—Cavilleri —añadió Jenny cortésmente, puesto que yo lo había pronunciado mal por primera y única vez en mi puta vida.

—¿Cómo en *Cavallería Rusticana*? —preguntó mi madre, probablemente para probar que a pesar de sus fallidos estudios era bastante culta.

—Correcto —Jenny le sonrió—, Pero nada que ver.

—Ah —dijo mi madre.

—Ah —dijo mi padre.

A lo cual, pensando todo el tiempo si habrían captado el humor de Jenny, no pude menos que agregar:

—¿Ah?

Mi madre y Jenny se dieron la mano, y después del usual intercambio de banalidades del que nunca se puede salir en mi casa, nos sentamos. Todos estaban silenciosos. Traté de olfatear lo que estaba pasando. Sin lugar a dudas, mi madre estaba haciendo un análisis de Jenny, chequeando su vestimenta (nada bohemia esa tarde), su postura, su conducta, su acento. El ambiente de Cranston estaba allí, haciéndole frente, aun en el más cordial de los momentos.

Y quizás Jenny. a su vez, estaba analizando a mi madre. Las chicas suelen proceder así, me han contado. Se supone que eso revela cosas acerca de los tipos con quienes se van a casar. Tal vez estaba haciendo también un análisis de Oliver Barrett III. ¿Notó que era más alto que yo? ¿Le gustó su saco de casimir? Oliver III, por supuesto, concentraba sus baterías en mí, como de costumbre.

—¿Cómo van tus cosas, hijo?

Para ser un maldito alumno de Harvard y Oxford, era un estupendo conversador.

—Bien, señor. Bien.

Como no queriendo ser menos, mi madre dio su bienvenida a Jenny.

—¿Tuvieron un buen viaje?

—Sí —contestó Jenny—. Bueno y rápido.

—Oliver maneja muy rápido —interpuso el Viejo Fósil.

—No tanto como tú, padre —repliqué.

¿Qué diría de esto?

—Oh, sí. Supongo que no.

Te cortarías un huevo que no, padre.

Mi madre, que siempre estaba de su parte, cualesquiera fueran las circunstancias, cambió el tema por uno de interés más universal —música o arte, creo. No estaba escuchando muy

atentamente. Luego, una taza de té aterrizaba en mis manos.

—Gracias —dije. Y agregué—: Tendremos que irnos pronto.

—¿Eh? —preguntó Jenny. Parece que habían estado discutiendo sobre Puccini o algo así, y mi acotación fue considerada como algo al margen. Mi madre me miró (cosa rara).

—¿Pero no vinieron a comer?

—Mmmm... no podremos —dije.

—Por supuesto —dijo Jenny casi simultáneamente.

—Yo tengo que volver —dije.

Jenny me miró como preguntando: "¿De qué estás hablando?" Entonces el Viejo Fósil dictaminó:

—Ustedes se quedan a comer. Es una orden.

La falsa sonrisa de su cara no hizo que sonara menos a una orden. Y yo no admito esa clase de trampas, aunque provengan de un finalista olímpico.

—No podemos, señor —repliqué.

—Tendremos que quedarnos, Oliver —dijo Jenny.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque tengo hambre —dijo ella.

Nos sentamos a la mesa obedeciendo los deseos de Oliver III. Él inclinó su cabeza. Mamá y Jenny siguieron el ejemplo. Yo apenas bajé los ojos.

"Oh, Dios, bendice esta comida que vamos a recibir, e ilumínanos para tener conciencia de las necesidades y deseos de nuestro prójimo. Te lo pedimos en nombre de Tu Hijo Jesucristo. Amén".

¡Jesucristo! ¡Cómo me sentí mortificado! ¿No podían haber omitido la piedad justo esta vez? ¿Qué pensaría Jenny? ¡Dios, aquello parecía el retorno a la edad oscura!

—Amén —dijo mi madre (y Jenny también, muy despacito).

—Ahora pasen la pelota —dije yo en chiste.

Nadie pareció divertido. Y Jenny menos que los demás. Desvió la vista. Oliver III me miró de soslayo.

—Ciertamente, me gustaría que atraparas la pelota de vez en cuando, Oliver.

No comimos en un silencio total gracias a la notable capacidad de mi madre para la charla.

—¿Así que tu familia es de Cranston, Jenny?

—Casi toda. Mi madre era de Falls River.

—Los Barretts tienen molinos en Falls Rivers

—hizo notar Oliver Barrett III.

—Donde explotaron a los pobres durante generaciones —agregó Oliver Barrett IV.

—En el siglo diecinueve —agregó Oliver III.

Mi madre sonrió ante esto, aparentemente satisfecha de que "su" Oliver hubiera atajado esa jugada. Pero no tanto.

—¿Y qué pasó con esos planes de automatizar los molinos? —le tiré de rebote.

Hubo una pausa breve. Esperé una inmediata réplica mordaz.

—¿Qué tal un café? —dijo Alison Forbes "Bottellita" Barrett.

Nos retirarnos a la biblioteca para lo que definitivamente sería el último round. Jenny y yo teníamos clases al día siguiente, Fósil tenía que ir al Banco y esas cosas, y seguramente Topsy tendría a su vez una de sus beneméritas tareas esperándola.

—¿Azúcar, Oliver? —preguntó mi madre.

—Oliver siempre lo toma con azúcar, querida —dijo mi padre.

—Esta noche no, gracias —dije yo—. Café solo, madre.

Bien, todos teníamos nuestras tazas, todos estábamos sentados allí cómodamente, sin nada pero nada que decirnos. De modo que introduje el tema.

—Dime, Jennifer —dije—, ¿qué piensas de el Cuerpo de Paz?

Ella frunció la cara, negándose a cooperar,

—¡Oh! ¿Ya les has contado, O. B.? —dijo mi madre dirigiéndose a mi padre.

—No es el momento, querida —dijo Oliver III con una especie de falsa humildad que estaba clamando: "¡Pregúntenme, pregúntenme!" No tuve más remedio que hacerlo:

—¿De qué se trata, padre?

—Nada importante, hijo.

—No veo cómo puedes decir eso —dijo mi madre volviéndose hacia mí para pasarme el mensaje con todas sus ganas (ya dije que ella estaba de su parte):

—Tu padre va a ser director de el Cuerpo de Paz.

—Oh.

Jenny también dijo "oh" pero con un tono diferente, más feliz. Mi padre fingió sentirse confundido, y mi madre parecía esperar que yo me cayera al suelo de la sorpresa o algo por el estilo. ¡No se trataba de una Secretaría de Estado, con todo!

—Congratulaciones, señor Barrett —Jenny tomó la iniciativa.

—Sí. Felicidades, señor.

Mi madre estaba tan ansiosa por hablar del asunto.

—Pienso que va a ser una maravillosa experiencia educativa —dijo.

—Lo será —agregó Jenny.

—Sí —dije sin mucha convicción—. Oh...  
¿me pasarías el azúcar, por favor?

## 8

—¡Pero Jenny! ¡No es una Secretaría de Estado, después de todo!

Finalmente estábamos de regreso a Cambridge, gracias a Dios.

—Sin embargo, Oliver, podrías haber mostrado más entusiasmo.

—Lo felicité.

—Fue enormemente generoso de tu parte.

—¿Qué pretendías, por amor de Dios?

—¡Oh, santo cielo! —replicó ella—. ¡Todo esto me enferma!

Anduvimos un buen rato sin decir palabra. Pero algo andaba mal.

—¿Qué es lo que te enferma, Jen? —pregunté como si se me ocurriera al cabo de un momento.

—La forma chocante en que tratas a tu padre.

—¿Y qué hay acerca de la forma chocante en que él me trata a mí?

Ya había abierto una canilla. O, mejor dicho, la compuerta de un dique. Para que Jenny se lanzara a una ofensiva en gran escala sobre el amor paternal. Ese total síndrome ítalo-mediterráneo. Y cómo había sido yo de insolente.

—Lo jodes, lo jodes, lo jodes...—dijo ella.

—Es mutuo, Jen. ¿No lo notaste?

—No creo que te pares ante nada, con tal de molestar a tu viejo.

—Nada puede molestar a Oliver Barrett III.

—Nada... salvo que te cases con Jenniffer Cavilleri.

Conservé la calma suficiente como para entrar en la playa de estacionamiento de un restaurante de mariscos. Entonces me volví hacia Jenny, más enojado que la gran siete.

—¿Eso es lo que piensas? —pregunté.

—Pienso que es parte de la cosa —dijo suavemente.

—¿No crees que de verdad te quiero? —salté.

—Sí —contestó siempre con suavidad—. Pero, de un modo bastante tarado, también amas mi *status* social negativo.

Sólo podía pensar en decir no. Lo dije varias veces y en varios tonos de voz. Quiero decir que estaba tan trastornado que hasta consideré

que podía haber una posibilidad de verdad en esa horrible insinuación. Jenny tampoco estaba en buena forma.

—Yo no puedo juzgar, Ollie. Pienso que es parte de la cosa. Es decir, yo sé que no sólo te quiero por ti mismo. Quiero tu nombre. Y tu número.

Miró hacia afuera y yo pensé que iba a llorar. Pero no lo hizo, terminó su pensamiento:

—... después de todo, es lo que eres.

Me quedé allí un rato, mirando un cartel de neón intermitente: "Almejas y Ostras". Lo qué más me había gustado de Jenny era su habilidad para ver dentro de mí mismo, para entender cosas que nunca necesité concretar en palabras. Ella estaba haciendo eso aún, justo ahora. ¿Pero podía yo enfrentar el hecho de no ser perfecto? Cristo, ella ya había hecho frente a mi imperfección y a la suya propia. ¡Cristo, qué indigno me sentí! No supe qué carajo decir.

—¿Te gustaría una almeja o una ostra, Jen?

—¿Te gustaría un sopapo en la boca, Preppie?

—Sí —dije.

Ella cerró su puño y lo puso suavemente en mi mejilla. Lo besé, y mientras trataba de abrazarla, ella se escurrió y ordenó como una mujer gángster:

— ¡Maneje solamente, Preppie! ¡Vuelva al volante y empiece a correr!

Lo hice. Lo hice.

Los comentarios básicos de mi padre giraban acerca de lo que él consideraba rapidez excesiva. Prisa. Precipitado. Olvido sus palabras exactas, pero conozco bien el texto de su sermón durante nuestro almuerzo en el Harvard Club, concerniente en principio a que yo comía demasiado ligero. Se fastidió por eso, sugiriendo que no tragara la comida sin masticar. Yo respetuosamente sugerí que ya era un adulto, y que él no me podría corregir por más tiempo —y ni siquiera hacer comentarios sobre mi comportamiento. Él señaló que hasta los líderes mundiales necesitaban de la crítica constructiva de vez en cuando. Tomé eso como una sutil alusión, a su labor en Washington, durante la primera administración de Roosevelt. Pero no me sentía como para llevarlo a recordar a F. D. R., o su papel en la reforma bancaria americana. De modo que me callé la boca.

Estábamos, como dije, almorzando en el Harvard Club de Boston (yo demasiado rápido, si uno acepta la estimación de mi padre). Esto significaba que estábamos rodeados por su gente. Sus discípulos, clientes, admiradores y de-

más. Era una situación prefabricada, si alguna vez hubo una. Si realmente se prestaba atención, era posible oír a algunos de ellos murmurando cosas como, "Allí va Oliver Barrett" o "Ese es Barrett, el gran atleta".

Mantuvimos todavía otro round de nuestra serie de no-conversaciones. Sólo la no muy específica naturaleza de la charla era evidentemente conspicua.

—Padre, no has dicho una palabra acerca de Jennifer.

—¿Y qué se puede decir? Nos la has presentado como un hecho consumado, ¿no es así?

—Pero ¿qué es lo que piensas *tú*, padre?

—Pienso que Jennifer es admirable. Para una chica de su extracción, llegar a Radcliffe. . .

—Vamos al grano, padre.

—El caso no tiene nada que ver con la joven-cita —dijo— sino contigo.

—¿Eli? —dije yo.

—Tu rebelión —agregó—. Eres un rebelde, hijo.

—Padre, no veo por qué casarse con una linda y brillante chica de Radcliffe ha de ser rebeldía. Ella no es ninguna hippie medio loca, digo. . .

—Ella no es muchas cosas.

Ah, llegábamos. El maldito nudo de la cuestión.

—¿Qué te fastidia más, padre? ¿Que sea católica o que sea pobre?

Él respondió en una especie de susurro, inclinándose hacia mí:

—¿Qué es lo que *más te atrae*?

Estuve a punto de levantarme e irme. Se lo dije.

—Quédate aquí y habla como un hombre —dijo él.

¿Para oponerme a qué? ¿A un muchacho? ¿A una chica? ¿A un ratón? De todos modos me quedé.

El jodeputa mostró una enorme satisfacción cuando vio que permanecía sentado. Podría decir que lo consideró como otra de sus victorias sobre mí.

—Sólo te pediría que esperaran un tiempo

—dijo Oliver Barrett III.

—Define "un tiempo", por favor.

—Termina la Escuela de Derecho. Si esto es verdadero, podrá superar la prueba del tiempo.

—Es verdadero. ¿Por qué carajo someterlo a una prueba arbitraria?

Mi deducción era clara, creo. Me estaba alzando contra él. Contra su arbitrariedad. Contra su compulsión para dominar y controlar mi vida.

—Oliver —él empezaba un nuevo round—. Eres menor. . .

—¿Menor para qué? —Me estaba poniendo furioso, mierda.

—No tienes todavía veintiuno. No eres legalmente un adulto.

—¡Guárdate tus minucias legales, cretino!

Quizás algunos comensales vecinos oyeron esta observación. Como para compensar mi barullo, Oliver Barrett III lanzó sus siguientes palabras en un murmullo:

—Si te casas con ella enseguida, no te voy a dar ni la hora. —¿A quién le importaba un soquete si alguien escuchaba?

—Padre, *tú no sabes* ni la hora.

Salí de su vida y comencé la mía.

## 9

Faltaba todavía la cuestión de Cranston, Rhode Island, una ciudad situada al sur de Boston, casi a la misma distancia que Ipswich, sólo que Ipswich queda al norte. Después de la debacle de la presentación de Jennifer a su potencial familia política ("¿La tengo que llamar no-política ahora?" preguntó ella) no tenía ninguna confianza en mi encuentro con su padre. Es decir, en este caso yo estaría perturbando ese gran síndrome amoroso italo-mediterráneo, mezclado con el hecho de que Jenny era hija única, mezclado con el hecho de que no tenía madre, lo que significaba opresivos vínculos anormales con su padre. Me erigiría contra todas esas fuerzas emocionales que describen los libros de psicología. .

Además, el hecho de estar en la vía. Es decir, imaginen por un segundo a Olivero Barretto, un dulce muchachito italiano de la otra cuadra en Cranston. Rhode Island. Viene a ver al señor Cavilleri, un asalariado jefe pastelero de dicha ciudad, y dice: "Quisiera contraer enlace con su única hija. Jennifer". ¿Cuál sería la primera pregunta del viejo- (No cuestionaría el amor de Barretto, puesto que conocer, a Jenny es amarla, esto es una verdad universal) . No, el señor Cavilleri diría algo así como: "Barretto ¿con qué la va a mantener?"

Y ahora imaginen la lógica reacción del señor Cavilleri si Barretto le informara que las cosas serían al revés, al menos durante los próximos tres años: ¿era su hija quien debería mantener a su yerno! ¿No le mostraría a Barretto. el buen señor Cavilleri, la puerta de calle? O más: ¿no lo sacaría a empujones si Barretto no tuviera mi tamaño?

Me corto un huevo que lo hubiera hecho.

Esto puede servir para explicar por qué, en ese domingo de mayo por la tarde, yo obedecía todas las señales de límite de velocidad, mientras íbamos hacia el sur por la Ruta 95. Jenny, que disfrutaba de mi serenidad para manejar, se quejó en un momento de que yo iba a ochenta en una zona de cien kilómetros por hora. Le

dije que necesitaba asentar el auto, cosa que no creyó en absoluto.

—Dímelo una vez más, Jen.

La paciencia no era una de las virtudes de Jenny, y ella se rehusó a mantener mi confianza repitiendo una vez más las respuestas a todas las preguntas que le había hecho.

—Sólo una vez más, Jen, por favor.

—Lo llamé. Hablé con él. Dijo okay. En inglés, porque como te dije y aunque no lo creas él no sabe una maldita palabra de italiano, excepto unas pocas maldiciones.

—¿Pero *qué quiere decir okay*?

—¿Me vas a contar que la Escuela de Derecho de Harvard ha aceptado a un hombre que no sabe ni siquiera definir "okay"?

—No es un término jurídico, Jenn.

Ella tocó mi brazo. Gracias a Dios, entendí eso. Aún necesitaba aclaraciones, sin embargo. Tenía que saber en qué estaba.

—Okay puede también significar *me las aguantó*.

Ella encontró caridad en su corazón para repetir por enésima vez los detalles de la conversación con su padre. Él era feliz. Él *era*. Él nunca había esperado, cuando la mandó a Radcliffe, que volviera a Cranston para casarse con el chico de al lado (quien, por otra parte, se lo

había propuesto antes de que se fuera). Al principio se mostró incrédulo de que el nombre de su prometido fuera Oliver Barrett IV. Entonces aconsejó a su hija no violar el undécimo mandamiento.

—¿Cuál es? —le pregunté.

—No macanear al padre.

—Oh.

—Y eso es todo, Oliver. De veras.

—¿Sabe que soy pobre?

—Sí.

—¿No le importa?

—Al menos tú y él tienen algo en común.

—Pero sería más feliz si yo tuviera un poco de guita ¿no?

—¿No lo serías tú?

Me quedé callado por el resto del viaje.

Jenny vivía en una calle llamada Hamilton Avenue, una larga línea de casas de madera con muchos chicos frente a ellas, y unos pocos árboles agonizantes. Con sólo manejar por ahí, buscando un lugar para estacionar, me sentí como en otro país. Por empezar, había mucha gente. Junto a los chicos jugando había familias enteras sentadas en sus porches aparentemente sin nada mejor que hacer ese domingo, que mirarme estacionar mi MG.

Jenny se bajó primero. Sus reflejos eran in-

creíbles en Cranston, como una pequeña y rápida langosta saltona. Hubo algo así como un organizado murmullo de aprobación cuando los mirones de los porches vieron quién era mi pasajera. ¡Nada menos que la gran Cavilleri! Cuando escuché las bienvenidas que le dedicaban, me dio casi vergüenza salir. Quiero decir, ni por un momento podría pasar por el hipotético Olivero Barreto.

—¡Hola, Jenny! —oí que chillaba, con gran gusto, una especie de matrona.

—¡Hola, señora Capodilupo! —gritó Jenny a su vez. Bajé del auto. Pude sentir los ojos sobre mí.

—Eh ¿quién es el chico? —gritó la señora Capodilupo. No eran muy sutiles por aquí ¿eh?

—No es nadie —contestó Jenny. Cosa que resultó espléndida para mi estado de ánimo.

—Quizás —volvió a chillar la señora Capodilupo—. ¿Pero la chica que está con él es realmente alguien?

—Él sabe —replicó Jenny.

Entonces se dio vuelta para satisfacer, a los vecinos del *otro* lado.

—Él sabe —dijo a todo un nuevo grupo de admiradores suyos. Tomó mi mano (yo me sentía un extraño en el paraíso), y me condu-

jo por la escalera hacia el 189 A de Hamilton Avenue.

Era un momento desgraciado.

Yo estaba parado allí mientras Jenny decía: "Este es mi padre". Y Phil Cavilleri, un rústico (un metro setenta y cinco y setenta y cinco kilos) de Rhode Island en las postrimerías de sus cuarenta años, extendió la mano.

—¿Cómo le va, señor?

—Phil —me corrigió—. Yo soy Phil.

—Phil, señor —repliqué mientras continuaba sacudiendo su mano.

Fue también un momento espantoso. Porque entonces, cuando soltó mi mano, el señor Cavilleri se volvió hacia su hija dando un grito increíble:

—¡Jennifer!

Por una décima de segundo no pasó nada.

Y luego ellos se estaban abrazando. Fuerte. Muy fuerte. Balanceándose de un lado a otro. Todo lo que el señor Cavilleri podía ofrecer a guisa de ulterior comentario era la (ahora muy suave) repetición del nombre de su hija: "Jennifer".

Y todo lo que su hija-graduada-en-Radcliffe-con-honores podía ofrecer a guisa de respuesta era: "Phil".

Definitivamente. . . yo era el tipo que sobraba.

Un detalle de mi crianza me ayudó a salir a flote esa tarde. Siempre me habían sermoneado sobre el hecho de no hablar con la boca llena. Desde que Phil y su hija seguían conspirando para llenar ese orificio, yo no tenía que hablar. Debo haber comido una cantidad récord de masas italianas. Más tarde diserté largamente sobre las que me habían gustado más (no comí menos de dos de cada clase, por miedo de ofenderlos), para deleite de los dos Cavilleri.

—Él es okay, —dijo Phil Cavilleri a su hija.

*¿Qué significaba eso?*

Yo ya no necesitaba que me definieran "okay", tan sólo quería saber cuál de mis pocas y circunspectas actitudes me había ganado ese afectuoso epíteto.

—¿Me habían gustado las masas apropiadas?

¿Fue mi apretón de manos bastante fuerte? ¿Qué?

—*Te dije* que era okay, Phil —dijo la hija del señor Cavilleri.

—Bien, okay —dijo su padre—. Pero aún tenía que verlo por mí mismo. Ahora lo veo. ¿Oliver?

Se dirigía a mí.

—¿Sí, señor?

—Phil.

—¿Sí, señor Phil?

—Eres okay.

—Gracias, señor. Me alegro. Realmente me alegro. Y usted sabe lo que siento por su hija, señor. Y por usted, señor.

—Oliver, —interrumpió Jenny—. ¿Puedes dejar de parlotear como un estúpido preppie bolido, y, . . .?

—Jennifer —interrumpió el señor Cavilleri—. ¿Puedes dejar de decir palabrotas? El jodeputa es un huésped.

Durante la cena (las masas fueron simplemente una merienda), Phil trató de mantener una conversación seria conmigo acerca de ya-saben-qué. Por alguna razón pensó que podría efectuar un acercamiento entre los Oliver III y IV.

—Déjame hablarlo por teléfono, de padre a padre, —suplicó.

—Por favor, Phil, será una pérdida de tiempo.

—No puedo quedarme aquí sentado, y permitir que un padre repudie a su hijo. No puedo.

—Sí. Pero yo también lo repudio, Phil.

—No quiero volver a oírte hablar así —dijo enojándose genuinamente—. El amor de un padre debe ser apreciado y respetado. Es raro.

—Especialmente en mi familia —dije.

Jenny se levantaba y se sentaba para servir, de modo que no estaba muy empapada en el asunto.

—Llámalo por teléfono —insistía Phil—. Yo me ocuparé de esto.

—No, Phil. Mi padre y yo tenemos instalada una *línea fría*.<sup>1</sup>

—Oh, escucha, Oliver. Se va a derretir. Créeme cuando te digo que se va a derretir. Ni bien llegue el día de ir a la iglesia. . .

En ese momento Jenny, que estaba retirando los platos de postre, dirigió a su padre un portentoso monosílabo.

—Phil...

—¿Sí, Jen?

—Sobre eso de la iglesia. . .

—¿Sí?

—Mmmm... me parece que no hay nada que hacer, Phil.

—¿Oh? —preguntó el señor Cavilleri. Y entonces, cayendo instantáneamente en la conclusión equivocada, se volvió apologeticamente hacia mí.

—Yo. . . jem. . . no quise decir necesariamen-

<sup>1</sup> *Línea fría*. "Cold line" en el original. Referencia por oposición a la famosa "hot line" (línea caliente) de teléfonos existente entre Washington y Moscú.

te Iglesia Católica, Oliver. Quiero decir, como Jennifer sin duda te ha contado, que nosotros pertenecemos a la fe Católica. Pero. . . quiero decir, *tu iglesia*, Oliver. Dios bendecirá esta unión en cualquier iglesia, lo juro.

Miré a Jenny, que obviamente había olvidado cubrir este tópico crucial en su previa conversación telefónica.

—Oliver —me explicó—. Hubiera sido una cretinada decirle todo a la vez.

—¿De qué se trata? —preguntó el siempre afable señor Cavilleri—. Golpéenme, chicos, golpéenme. Quiero que me den con todo lo que tengan en mente.

¿Por qué fue justamente en ese preciso momento cuando mis ojos chocaron con la estatuilla de porcelana de la Virgen María, que estaba en un estante del aparador de los Cavilleri?

—Se trata de la cuestión de la bendición de Dios, Phil —dijo Jenny apartando la mirada de él.

—¿Sí, Jen, sí? —preguntó Phil, temiendo lo peor.

—Mmm... Nada que hacer, Phil —dijo ella, mirándome ahora para pedirme ayuda, una ayuda que traté de darle con los ojos.

—¿De Dios? ¿De *ningún* Dios?

Jenny asintió.

—¿Puedo explicarlo, Phil? —pregunté.

—*Por favor.*

—Ninguno de los dos cree, Phil. Y no queremos ser hipócritas.

Pienso que lo soportó porque venía de mí. Podría quizás haber golpeado a Jenny. Pero ahora él era el tipo que sobraba, el extranjero. No nos podía mirar a ninguno de los dos.

—Muy bien —dijo después de un muy largo rato—. ¿Podrían al menos informarme quién realizará la ceremonia?

—Nosotros —dije.

Miró a su hija para verificar. Ella asintió. Mi declaración era correcta.

Después de otro largo silencio dijo nuevamente: —Muy bien—. Y luego me preguntó, en la medida en que yo planeaba mi carrera de derecho, si esa clase de casamiento era —¿cómo es la palabra?— legal.

Jenny explicó que la ceremonia que teníamos en mente estaría presidida por el capellán Unitario<sup>2</sup> de mi universidad ("Ah, capellán", murmuró Phil), mientras el hombre y la mujer se dirigían el uno al otro.

—¿La novia también habla? —preguntó, como si de todo lo dicho ese fuera el golpe de gracia.

<sup>2</sup> Rama del protestantismo que niega la doctrina de la Trinidad.

—Philip —dijo su hija—, ¿puedes imaginarte alguna situación en la cual yo me calle la boca?

—No, nena —contestó tratando de sonreír—. Me imagino que tendrás que hablar.

Mientras volvíamos a Cambridge, le pregunté a Jenny cómo le parecía que había resultado todo.

—Okay —dijo ella.

## 10

El señor William F. Thompson, Decano Asociado de la Escuela de Derecho de Harvard, no podía creer a sus oídos.

—¿Lo escuché bien, señor Barrett?

—Sí, señor Decano Thompson.

No había sido nada fácil decirlo la primera vez. No era más fácil repetirlo.

—Necesito una beca para el próximo año, señor.

—¿Realmente?

—Por eso estoy aquí, señor. Usted tiene a su cargo la ayuda financiera ¿no es así, señor Decano Thompson?

—Sí, pero es algo curioso. Su padre...

—Él no tiene nada que ver, señor.

—¿Perdón? —El Decano Thompson se quitó

los anteojos y empezó a limpiarlos con su corbata.

—Entre él y yo hay una especie de desacuerdo.

El Decano se puso otra vez los anteojos, y me miró con esa inexpresiva expresión que sólo un Decano puede manejar.

—Esto es muy lamentable, señor Barrett —dijo. ¿Para quién? quise preguntar. El tipo estaba empezando a mearme encima.

—Sí —dije—. Muy lamentable. Pero es por eso por lo que lo vengo a ver, señor. Me caso el mes que viene. Los dos trabajaremos todo el verano. Luego Jenny, mi esposa, enseñará en una escuela privada. Es un modo de subsistir, pero no alcanza sin embargo para pagar mi educación. Su cuota es bastante exorbitante, señor Decano Thompson.

—Mmmm... sí —contestó. Pero eso fue todo. ¿Es que ese tipo no captaba la violencia del tema? ¿Para qué carajo pensaba que estaba yo allí, con todo?

—Decano Thompson, quiero una beca. —Lo dije directamente. Por tercera vez—. En el banco estoy absolutamente seco, y ya estoy aceptado en la Escuela de Derecho.

—Oh, sí —dijo el señor Thompson escudándose en un tecnicismo—. Pero la última fecha

para ayuda financiera prescribió hace tiempo.

¿Qué podía satisfacer a este hijo de puta?  
¿Los detalles sangrientos del asunto, quizás? ¿Era un escándalo lo que quería? ¿Qué?

—Decano Thompson, cuando yo presenté mi solicitud no sabía que sucedería esto.

—Es verdad, señor Barrett, y debo decirle que realmente no creo que esta repartición deba entrar en una disputa familiar. Y más bien penosa, como esa.

—Okay, Decano —dije poniéndome de pie—. Ya veo adonde quiere llegar usted. Pero no voy a besar el culo de mi padre para que usted pueda conseguir un edificio Barrett para la Escuela de Derecho.

Mientras me daba vuelta para irme, escuché al Decano Thompson murmurar:

—Esto es desleal.

No podía estar más de acuerdo.

# 11

A Jennifer le otorgaron su título el miércoles.

Toda clase de parientes de Cranston, Fall River —e inclusive una tía de Cleveland—, se congregó en Cambridge para estar presente en la ceremonia. Por un acuerdo previo yo no fui presentado como su novio, y Jenny no usó anillo: cosa que ninguno se sintiera ofendido (de antemano) por perderse nuestro casamiento.

—Tía Clara, este es mi amigo Oliver —diría Jenny, agregando siempre—: "No es graduado".

Hubo muchísimas tomadas de pelo, cuchicheos y hasta evidentes especulaciones, pero los parientes no podían hurgar ninguna información específica en ninguno de nosotros —ni en Phil quien, me imagino, se sentía feliz de evitar discusiones sobre el amor entre los ateos.

El jueves yo me puse al nivel académico de Jenny, recibiendo mi grado de licenciado de Harvard —como el de ella, *magna cum laude*. Por otra parte, yo era Mariscal de Clase, y en calidad de tal debía conducir a los graduados a sus asientos. Esto significaba caminar adelante hasta de los cráneos, los super-supercerebros. Estuve a punto de decirles a esos tipos que mi presencia como su líder, probaba decisivamente mi teoría de que una hora en la Dillon Field House vale por dos en la Biblioteca Widener. Pero me contuve. Dejad que el júbilo sea universal.

No tengo idea acerca de si Oliver Barrett III estuvo presente. Más de diecisiete mil personas se apiñaron en el Harvard Yard en la mañana de la graduación, y yo ciertamente no estuve escudriñando las filas con binoculares. Obviamente, había usado las entradas destinadas a mis padres para Phil y Jenny. Por supuesto, como ex alumno el Viejo Cara de Piedra podía entrar y sentarse con la clase del 26. ¿Pero para qué iba a hacerlo? Quiero decir: ¿acaso ese día no trabajaban los Bancos?

La boda fue ese domingo. Nuestra razón para excluir a la parentela de Jenny se basó genuinamente en que nuestra omisión de Padre, Hijo

y Espíritu Santo, haría que el momento resultara difícil para católicos a la antigua. Fue en la Phillips Brooks House, un viejo edificio en el norte de Harvard Yard. Timothy Blauvelt, el Capellán Unitario de la Universidad, presidía. Naturalmente, estaba Ray Stratton allí, y también había invitado a Jeremy Nahum, un buen amigo de los días de Exeter, que eligiera Amherst en vez de Harvard. Jenny invitó a una chica de Buggs Hall y, quizás por razones sentimentales, a su alta y desgarbada colega de la mesa de entradas de la Biblioteca. Y, por supuesto, Phil.

Recomendé a Ray Stratton que se encargara de Phil. Quiero decir, sólo para mantenerlo tranquilo dentro de lo posible. No era que Stratton fuera muy calmo. El par se plantó allí, mirando tremendamente incómodo, el silencio de uno reforzando el prejuicio de otro acerca de que este "casamiento-hágalo-usted-mismo" (según Phil se refería a él) iba a resultar (según Stratton predecía) "un horroroso e increíble show". ¡Y todo porque Jenny y yo nos íbamos a dirigir unas pocas palabras directamente el uno al otro! Lo habíamos visto hacer antes, esa primavera, cuando una de las amigas musiqueras de Jenny, Marya Randall, se casó con un estudiante de dibujo llamado Eric Levenson.

Fue algo muy hermoso, y realmente nos entusiasmó la idea.

—¿Están los dos listos? —preguntó el señor Blauvelt.

-

—Sí —contesté por ambos.

—Amigos —dijo el señor Blauvelt a los otros—, estamos aquí para atestiguar la unión de dos vidas en matrimonio. Escuchemos las palabras que han elegido para leer en esta solemne ocasión.

La novia primero. Jenny se paró frente a mí, y recitó el poema que había seleccionado. Era muy emocionante, quizás especialmente para mí, porque se trataba de un soneto de Elizabeth Barrett.

Cuando nuestras dos almas se yergan erectas y fuertes,  
Cara a cara, silenciosas, acercándose cada vez más,  
Hasta que las prolongadas alas estallen en fuego. ..

Por el rabillo del ojo vi a Phil Cavilleri, pálido, el maxilar flojo, los ojos llenos de espanto y adoración simultáneos. Escuchamos a Jenny terminar el soneto que era una especie de plegeria por

Un lugar para estar y amar durante un día,  
Con la oscuridad y la hora de la muerte rodeándolo.

Después fue mi turno. Me había resultado difícil encontrar un fragmento de poesía que pudiera leer sin ponerme colorado. Es decir, no podía pararme allí y recitar frases almibaradas. No podía. Pero una parte de la *Canción del Camino Abierto* de Walt Whitman, aunque muy breve, dijo todo por mí:

¡Te entrego mi mano!

Te entrego mi amor más precioso que el dinero,  
Te entrego mi propio yo ante la plegaria o la ley;  
¿Quieres darme tu yo? ¿Quieres hacer el viaje conmigo?  
¿Estaremos juntos tanto tiempo como vivamos?

Terminé, y hubo en el lugar un silencio maravilloso. Entonces Ray Stratton me alcanzó el anillo, y Jenny y yo —nosotros— recitamos los votos matrimoniales, prometiendo cada uno, desde ese día en adelante, amarnos y respetarnos hasta que la muerte nos separe.

Por la autoridad que le otorgaba el Commonwealth de Massachusetts, el señor Timothy Blauvelt nos declaró marido y mujer.

Pensándolo bien, nuestra fiesta "después del partido" (como la llamó Stratton), fue pretensiosamente no pretenciosa. Jenny y yo rechazamos absolutamente la ruta del champagne, y como

éramos tan pocos que hubiéramos entrado todos en una choza, fuimos a tomar cerveza a Cronin's. Si mal no recuerdo, Jim Cronin mismo nos invitó con una vuelta, como un tributo al "mejor jugador de hockey de Harvard desde los hermanos Cleary".

—¡Qué mierda! —despotricó Phil Cavilleri golpeando la mesa con el puño—. ¡Él es mejor que todos los Clearys juntos! —Philip quiso decir, supongo (en su vida vio un partido de hockey de Harvard), que no importaba lo bien que jugaran Bobby o Billy Cleary, ya que ninguno se casó con su encantadora hija. Es decir, todos estábamos medio borrachos, y aquello fue sólo una excusa para pedir más.

Dejé a Phil que pagara la cuenta, una decisión que más tarde evocaría uno de los raros elogios de Jenny acerca de mi intuición ("pronto serás un ser humano, Preppie"). Con todo, al final se puso un poco pesado, cuando lo llevamos al ómnibus. Los ojos húmedos, digo. Los suyos, los de Jenny, quizás los míos también; no recuerdo nada excepto que el momento fue líquido.

De todos modos, después de toda clase de bendiciones, subió al ómnibus y nosotros esperamos y lo saludamos hasta que se perdió de

vista. Fue entonces cuando la terrible verdad empezó a alcanzarme.

— Jenny, estamos casados.

—Sáa. Ahora puedo portarme mal.

## 12

Si una sola palabra puede describir nuestra vida diaria durante esos tres primeros años, la palabra es "rascar". Estando despiertos, no pasábamos un momento sin concentrarnos en qué hacer para rascar suficiente guita como para cualquier cosa que necesitáramos. Generalmente vivíamos a nivel de quiebra. No hay nada romántico en eso, al contrario. ¿Recuerda la famosa estrofa de Omar Khayam? Usted sabe: esa según la cual basta un libro de versos bajo la rama del árbol, el pedazo de pan, el cántaro de vino y demás. Sustituya *Venta al fiado* por ese libro y verá cómo la poética visión se hace bolsa contra mi idílica existencia. ¿Paraíso, eh? No, macanas. Todo lo que pensaba era cuánto podía costar el libro (¿lo conseguiríamos de

segunda mano?) y dónde, si en alguna parte podría poner en cuenta corriente el pan y el vino. Y cómo podríamos entonces, por último, rascar la guita para pagar nuestras deudas.

La vida cambia. Aún la más simple decisión debe ser escudriñada por el siempre vigilante comité de presupuesto de tu mente.

—*Eh, Oliver, vamos a ver "Becket" esta noche.*

—*Tengo tres roñosos dólares.*

—*¿Qué quieres decir?*

—*Quiero decir un roñoso dólar y medio para ti y otro roñoso dólar y medio para mí.*

—*¿Eso es sí o no?*

—*Ni una ni otra cosa. Sólo significa tres roñosos dólares.*

Nuestra luna de miel trascurrió en un yate y con veintiún chicos. En efecto. Yo guiaba un Rhodes de treinta y seis pies desde las siete de la mañana, hasta que mis pasajeros se cansaran, y Jenny se dedicaba a cuidar los chicos. Era un lugar llamado Club Náutico Pequod, en Dennis Port (no lejos de Haynnis), establecimiento que incluía un gran hotel, una marina y varias docenas de casas en alquiler. En uno de los bungalows más chicos, yo había clavado una placa imaginaria: "Oliver y Jenny durmieron aquí —cuando no estaban haciendo el amor—". Creo que fue un tributo para ambos que des-

pues de un largo día de ser atentos con nuestros clientes, porque en buena medida dependíamos de sus propinas para nuestros ingresos, Jenny y yo no fuéramos nada atentos el uno con el otro. Digo simplemente "atentos", porque me faltan vocablos para describir cómo es amar a Jenny Cavilleri y ser amado por Jenny Cavilleri. Perdón, quiero decir Jennifer Barrett.

Antes de partir hacia ese lugar, encontramos un departamento barato en Cambridge Norte, aunque la dirección correspondía técnicamente a la ciudad de Somerville y la casa estaba, según Jenny la describía, "en estado de ruina". Originalmente había sido una estructura para dos familias, convertida ahora en cuatro departamentos sobre valuados, aún para su "barato" alquiler. ¿Pero qué diablos podían hacer dos estudiantes graduados? El mercado es de los vendedores.

—Eh, Ol ¿por qué piensas que los bomberos no han clausurado este lugar? —preguntó Jenny.

—Probablemente han tenido miedo de entrar —dije.

—Yo también.

—No lo tuviste en junio —dije.

(Este diálogo tenía lugar después de nuestro regreso, en septiembre).

—Entonces no estaba casada. Hablando como

una mujer casada, considero que este lugar es peligroso a cualquier velocidad.

—¿Y qué piensas hacer?

—Hablar con mi marido —dijo—. Él se ocupará.

—Eh, tu marido soy yo —dije.

—¿De veras? Pruébalo.

—¿Cómo? —pregunté, pensando en mi interior: ¡oh, no, en la calle no!

—Álzame para cruzar el umbral —dijo.

—No creerás esas pavadas ¿no?

—Álzame, y después decidiré.

Okay. La tomé en mis brazos y la llevé a través de los cinco escalones hasta el porche.

—¿Por qué te paras? —preguntó.

—¿No es éste el umbral?

—Frío, frío, frío. . . —dijo.

—Veo nuestro nombre sobre el timbre.

—Este no es nuestro maldito condenado umbral. ¡Arriba, tonto!

Fueron veinticuatro escalones arriba hasta nuestro hogar "oficial", y tuve que detenerme en la mitad para recuperar el aliento.

—¿Por qué eres tan pesada? —le pregunté.

—¿Pensaste alguna vez que podía estar embarazada? —contestó.

Eso hizo que recuperase más fácilmente el aliento.

—¿Estás?

—¡Te asusté! ¿Eh?

—No.

—No macanees, Preppie.

—Sí. Por un segundo me dio bronca.

La llevé alzada el resto del camino.

Este se encuentra entre los escasos-preciosos momentos que puedo recordar, entre los cuales el verbo "rascar" no tuvo absolutamente ninguna importancia.

Mi ilustre nombre nos permitió establecer una cuenta en el almacén, que de otra manera negaba crédito a los alumnos. Pero ese nombre también trabajó en nuestra desventaja, y en el lugar en que menos lo hubiera esperado: la escuela Shady Lane, donde Jenny iba a enseñar.

—Por supuesto, Shady Lane no puede igualar los salarios de las escuelas públicas —dijo a mi mujer la directora, la señorita Anne Miller Whitman, agregando algo así como que a los Barretts de todos modos no les importaría ese aspecto. Jenny trató de disipar sus ilusiones, pero todo lo que pudo obtener sobre los ya ofrecidos tres mil quinientos al año fueron dos minutos de ja ja ja. La señorita Whitman pensó que Jenny era muy chistosa en sus observaciones

acerca de que los Barretts tenían que pagar el alquiler como cualquier hijo de vecino.

Cuando Jenny me contó todo esto, hice unas poco imaginativas sugerencias acerca de lo que la señorita Whitman podía hacer —ja ja ja— con sus tres mil quinientos. Pero entonces Jenny preguntó si me gustaría largar derecho y mantenerla mientras ella tomaba los recaudos necesarios para enseñar en una escuela pública. Le dediqué a toda la situación un gran pensamiento durante dos segundos, para llegar a una correcta y sucinta conclusión:

—Mierda.

—Eso es muy elocuente —dijo mi mujer.

—¿Qué debería decir, Jenny? ¿Ja ja ja?

—No. Sólo hay un camino: que aprendas a gustar de los spaghetti.

Lo hice. Aprendí a gustar de los spaghetti, y Jenny aprendió a su vez toda receta concebible para hacer que las pastas parecieran otra cosa. Con nuestras ganancias del verano, su sueldo, las entibadas anticipadas de mi planeado trabajo nocturno en el correo durante Navidad, estábamos okay. Es decir, hubo miles de películas que no vimos (y conciertos a los que ella no fue), pero nos arreglábamos con lo que teníamos. Por supuesto, sobre todo nos arreglábamos

con lo que teníamos. Es decir, socialmente nuestras vidas cambiaron drásticamente. Estábamos aún en Cambridge, y en teoría Jenny podía haber permanecido con su grupo de música. Pero no había tiempo. Volvía a casa de la escuela exhausta, y tenía que preparar la cena (comer afuera estaba por debajo de nuestra máxima posibilidad). Mientras tanto, mis propios amigos eran suficientemente considerados como para dejarnos solos. Es decir: no nos invitaban para que no tuviéramos que invitarlos, usted comprende.

Hasta pasábamos por alto los partidos de fútbol.

Como miembro del Varsity Club, yo tenía derecho a un asiento en su bárbara sección de la línea media. Pero costaba seis dólares la entrada, lo que sumaba doce dólares.

—No —argumentaba Jenny—. Son seis dólares. Puedes ir sin mí. Yo no sé un pito de fútbol, salvo que la gente grita "mátenlo", y eso es lo que tú adoras. Por lo cual quiero que vayas, carajo.

—El caso está cerrado —respondería yo, siendo después de todo el marido y cabeza de familia—.

Además, puedo usar el tiempo para estudiar.

—No obstante, pasaría la tarde del sábado con una radio de transistores en la oreja, escuchando

el bramido de los hinchas, quienes aunque estaban geográficamente muy cerca pertenecían ahora a otro mundo.

Usé mis privilegios del Varsity Club para conseguir asientos para Robbie Wald, un compañero de derecho, en el partido con Yale. Cuando Robbie dejó nuestro departamento, efusivamente agradecido, Jenny preguntó si le podía decir una vez más quiénes tenían derecho a sentarse en la sección del V. Club, y una vez más le expliqué que podían hacerlo todos aquellos que, indiferentemente de su edad, tamaño o posición social, han servido noblemente a Harvard en los campos de deporte.

—¿En el agua también? —preguntó ella.

—Atletas son atletas —contesté—. Secos o mojados.

—Excepto tú, Oliver —dijo—. Tú estás congelado.

Dejé caer el tema, asumiendo su respuesta simplemente como una agudeza usual y repentina de Jenny, por no pensar que podía haber algo más en su pregunta referente a las tradiciones atléticas de la Universidad de Harvard. Tal como quizás la sutil sugerencia de que si en el Soldiers Field entran 45.000 personas, todos los atletas anteriores deben estar sentados en esa terrible sección. Todos. Viejos y jóvenes.

Mojados, secos... y aún congelados. ¿Y eran solamente seis dólares los que me habían alejado del estadio esos sábados por la tarde?

No; si ella tenía algo más in mente, mejor sería no discutirlo.

## 13

*El señor Oliver Barrett III y señora  
tendrán el honor de recibir a usted  
en la cena que para celebrar el 60° aniversario  
del señor Barrett  
tendrá lugar al sábado 6 de marzo  
a las 19 horas.  
Dover House, Ipswich, Massachusetts  
R.s.v.p.*

—¿Y bien? —preguntó Jenny.

—¿Todavía me lo preguntas? —repliqué. Estaba en medio de la abstracción de *El Estado contra Percival*, un crucial precedente en Derecho Penal. Jenny agitaba ante mí la invitación para joderme.

—Creo que ya es tiempo, Oliver —dijo.

—¿Para qué?

—Para lo que tú sabes muy bien —contestó—. ¿Acaso tiene él que arrastrarse hasta aquí sobre sus manos y rodillas?

Seguí trabajando mientras ella trataba de convencerme.

—Ollie, él te está buscando.

—Tonterías, Jenny. Mi madre escribió el sobre.

—¡Pensé que dijiste que ni lo habías mirado!

—dijo casi gritando.

Okay, reconozco que le había echado un vistazo. Tal vez se me había borrado de la mente. Yo estaba, después de todo, en medio de la abstracción de *El Estado contra Percival*, y bajo la virtual sombra de los exámenes. La cosa era que terminara con su perorata.

—Ollie, piensa. —dijo en un tono casi de súplica—. ¡Sesenta malditos años! Nada afirma que él esté aquí cuando tú estés finalmente dispuesto para la reconciliación.

Informé a Jenny en los términos más simples que nunca habría reconciliación, y que por favor me dejara continuar estudiando. Se sentó silenciosamente, encogiéndose en un rincón de la banqueta donde yo tenía puestos mis pies. Aunque no hacía ningún ruido, enseguida me di cuenta de que me estaba mirando con mucha intensidad. Levanté la vista.

—Algún día —dijo—, cuando Oliver V te moleste a ti. . .

—¡No se llamará *Oliver*, de eso puedes estar segura! —le largué. Ella no alzó la voz, aunque generalmente lo hacía cuando yo lo hacía.

—Escucha, Ol, aunque lo llamemos Bozo el Payaso, ese chico va a estar resentido porque tú fuiste un gran atleta de Harvard. ¡Y para la época en que esté en su primer año, tú habrás llegado probablemente a la Corte Suprema!

Le dije que nuestro hijo nunca se resentiría conmigo. Ella me preguntó cómo podía estar tan seguro. Yo no pude demostrárselo. Es decir: simplemente sabía que mi hijo no se resentiría conmigo, pero no podía *decir* precisamente por qué. En un absoluto *non sequitur*, Jeny hizo notar después:

—Tu padre también te quiere, Oliver. De la misma manera que tú vas a querer a Bozo. Pero los Barretts son tan asquerosamente orgullosos y competitivos, que irán por la vida pensando que se odian mutuamente.

—Si no fuera por ti —dije irónicamente.

—Sí —dijo ella.

—El caso está cerrado —dije, siendo después de todo, el marido y cabeza de familia. Mis ojos retornaron a *El Estado contra Percival*, y Jeny se levantó. Pero entonces recordó.

—Todavía queda el asunto del RSVP.

Desconté que una graduada en música de Radcliffe, probablemente sería capaz de componer una pequeña negativa al RSVP sin una guía profesional especializada.

—Escucha, Oliver —dijo—. Yo probablemente he mentido y hecho trampas en mi vida. Pero nunca he herido deliberadamente a nadie. No creo que pueda.

Realmente, en ese momento ella sólo me estaba hiriendo a mí, de modo que le pedí educadamente que manejara el RSVP de la manera que quisiera, siempre y cuando la esencia del mensaje fuera que nosotros no apareceríamos aunque se congelara el infierno. Retomé una vez más *El Estado contra Percival*.

—¿Cuál es el número? —la escuché decir muy suavemente. Estaba junto al teléfono.

—¿No puedes mandar una notita?

—Dentro de un minuto mis nervios explotan. ¿Cuál es el número?

Se lo dije e inmediatamente me sumergí en la apelación de Percival a la Suprema Corte. No estaba escuchando a Jenny. Es decir, trataba de hacerlo. Ella estaba en la misma habitación, después de todo.

—Oh... Buenas noches, señor —la escuché decir, ¿El jodeputa contestaba el teléfono? ¿No

estaba en Washington durante la semana? Eso decía una nota reciente en *The New York Times*. El maldito periodismo se estaba yendo al tacho en nuestros días.

*¿Cuánto llevaría decir que no?*

De alguna manera Jennifer había empleado más tiempo del que uno consideraría necesario para pronunciar esa simple sílaba.

—¿Ollie?

Ella cubría el auricular con su mano.

—Ollie ¿tiene que *ser* una negativa?

El movimiento de mi cabeza indicó que tenía que serlo, y el movimiento de mi mano indicó que se diera prisa.

—Lo siento muchísimo —dijo ella en el teléfono—. Quiero decir, *lo sentimos* muchísimo, señor...

*¡Lo sentimos!* ¿Tenía que mezclarme en esto?  
¿Y por qué demoraba tanto en colgar?

—¡Oliver!

Había puesto la mano nuevamente en el auricular y estaba hablando muy fuerte.

—¡Está ofendido, Oliver! ¿Puedes quedarte ahí sentado y dejar que tu padre se desangre?

Si ella no hubiera estado en semejante momento emocional, podría haberle explicado una vez más que las piedras no sangran, y pedirle que no proyectara su equivocado concepto ita-

ío-mediterráneo acerca de los padres hacia las escarpadas alturas del Mount Rushmore. Pero estaba muy trastornada. Y me estaba trastornando a mí también.

—Oliver —suplicó—. ¿No podrías decirle sólo una palabra?

¿A él? Jenny estaría volviéndose loca.

—Quiero decir. . . ¿aunque sea "hola"?

Me estaba ofreciendo el teléfono. Y tratando de no llorar.

—Nunca le hablaré. Jamás —dije con perfecta calma.

Y ahora ella lloraba. No perceptiblemente, pero con lágrimas cayendo por su cara. Y después ella. . . ella suplicó.

—*Por mí*, Oliver. Nunca te he pedido nada. *Por favor.*

Tres de nosotros. Tres de nosotros de pie (de alguna manera imaginaba a mi padre presente allí también), y esperando algo. ¿Qué? ¿A mí?

*Yo no podía hacerlo.*

¿No entendía Jenny que me estaba pidiendo lo imposible? ¿Que yo haría absolutamente cualquier otra cosa? Mientras miraba el piso, sacudiendo la cabeza en una dura negativa y una extrema incomodidad. Jenny se dirigió a mí con una especie de furia acallada que nunca le había oído:

—Eres *un* hijo de puta sin corazón —dijo, y entonces terminó su conversación con mi padre diciendo:

—Señor Barrett, Oliver desea que usted sepa que, a su manera muy especial. . .

Hizo una pausa para respirar. Había estado sollozando, de modo que no era fácil. Yo estaba tan asombrado que no podía hacer nada más que esperar el final de mi pretendido "mensaje".

—Oliver lo quiere mucho —dijo y colgó rápidamente.

No hay una explicación racional para mis acciones en el siguiente pequeño segundo. Alego locura temporaria. Corrijo: no alego nada. Que nunca me perdonen por lo que hice.

Arranqué el teléfono de su mano, luego del enchufe, y lo arrojé a través de la habitación.

—¡Maldita seas, Jenny! ¿Quién mierda te mandó meterte en mi vida?

Me quedé parado y jadeando como el animal en el que me había convertido. ¡Cristo! ¿Qué diablos me había pasado? Me di vuelta para mirar a Jen.

Pero ella se había ido.

Quiero decir, se había ido absolutamente, porque ni siquiera oí sus pasos en la escalera. ¡Cristo! Debía haberse zambullido en el ins-

tante en que agarré el teléfono. Su saco y su pañuelo aún estaban allí. El dolor de no saber qué hacer sólo fue excedido por el de saber lo que había hecho.

Busqué por todas partes.

En la Biblioteca de la Escuela de Derecho, aceché entre las filas de estudiantes tragones, mirando y mirando. Ida y vuelta, al menos media docena de veces. Aunque no pronunciaba palabra, sabía que mi mirada era tan intensa y mi cara tan feroz, que estaba perturbando todo aquel puto lugar. ¿Y a quién le importa?

Pero Jenny no estaba allí.

Después a través de Harkness Commons, la sala de estar, la cafetería. Luego una carrera salvaje para mirar los alrededores del Agassiz Hall en Radcliffe. Tampoco allí. Corría por cualquier lado ahora, mis piernas tratando de ponerse de acuerdo con los latidos de mi corazón.

Abajo están las habitaciones para practicar piano. La conozco a Jenny: cuando está enojada machaca como loca el puto teclado. ¿Correcto? ¿Pero qué pasa cuando está asustada a muerte?

Es cosa de locos caminar por el corredor, entre los cuartos para práctica de cada lado. Los sonidos de Mozart y Bartok, Bach y Brahms se

filtraban a través de las puertas mezclándose en este extraño sonido infernal.

¡ Jenny tenía que estar aquí!

El instinto hizo que me detuviera ante la puerta donde escuché el machacante sonido de un preludio de Chopin. Esperé un segundo. La interpretación era pésima —paradas y arrancadas y muchos errores. En una pausa pude escuchar una voz de chica que murmuraba: ¡mierda! Tenía que ser Jenny. Abrí la puerta de repente.

Una chica de Radcliffe estaba sentada al piano. Levantó la vista. Una horrible y hombruna chica hippie de Radcliffe, fastidiada por mi invasión.

—¿Qué escena es ésta, hombre? —preguntó.

—Nada, nada —contesté, cerrando la puerta otra vez.

Después recorrí Harvard Square. El Café Pamplona, Tommy's Arcade, incluso Hayes Bick —pilas de tipos artistas van allí—. *Nada*.

¿Dónde podía haber ido Jenny?

A esa hora el subte ya estaba cerrado, pero de haber ido directamente al Square hubiera podido tomar el tren hacia Boston. A la terminal de ómnibus.

Era casi la una de la madrugada, cuando deposité cuarenta y cinco centavos de dólar en la ranura. Estaba en una cabina telefónica, al lado de los quioscos de Harvard Square.

—Hola. ¿Phil?

—¿Eh? —dijo medio dormido—. ¿Quién habla?

—Soy yo, Oliver.

—¡Oliver! —Parecía asustado—. ¿Le pasa algo a Jenny? —preguntó rápidamente. Si me lo preguntaba a mí, ¿no quería eso decir que ella no estaba con él?

—Oh. . . no, Phil, no le pasa nada.

—Gracias a Dios. ¿Cómo estás, Oliver?

Una vez asegurado de la salud de su hija, se volvía casual y amistoso. Como si no hubiera sido despertado de las profundidades del sueño.

—Bien, Phil, estoy estupendamente. Bien.

Oye, Phil, ¿has tenido noticias de Jenny?

—No suficientes, carajo —contestó con una voz extrañamente serena.

—¿Qué quieres decir, Phil?

—Cristo, ella debería llamar más a menudo, qué tanto. No soy un extraño, ¿sabes?

Si uno puede sentirse aliviado y con pánico al mismo tiempo, así me sentía yo.

—¿Está ella ahí contigo? —me preguntó.

—Eh?

—Llámalas al teléfono, voy a gritarle directamente a ella.

—No puedo, Phil.

—Oh. . . ¿está dormida? Si está dormida, no la molestes.

—Sí—dije.

—Escucha, boludo —dijo.

—¡Sí, señor!

—¿Tan asquerosamente lejos está Cranston que no pueden venir el domingo a la tarde? ¿Eh? Si no voy yo, Oliver.

—Mmmm. . . No, Phil. Iremos nosotros.

—¿Cuándo?

—Algún domingo.

—No me vengas con esa porquería de “algún” Un buen hijo no dice “algún”, dice “éste” Este domingo, Oliver.

—Sí, señor. Este domingo.

—A las cuatro en punto. Pero maneja con cuidado. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y la próxima vez llama para que cobren aquí, desgraciado.

Cortó.

Yo estaba parado allí, perdido en esa isla en la oscuridad que es Harvard Square, sin saber adonde ir o qué hacer de inmediato. Un chico de color se aproximó y me preguntó si necesi-

taba droga. Le contesté como ausente: "No, gracias, señor".

Ahora no corría. Quiero decir: ¿qué apuro en volver a una casa vacía? Era muy tarde y estaba entumecido, más de miedo que de frío (aunque no hacía nada de calor, créame). Desde una distancia de varios metros me pareció ver a alguien sentado en lo alto de los escalones. Tenía que ser un engaño de mis ojos, porque la figura estaba inmóvil.

Pero era Jenny.

Estaba sentada en el escalón más alto.

Yo estaba demasiado cansado para el pánico, demasiado aliviado para hablar. Interiormente esperé que ella tuviera algún instrumento contundente con que golpearme.

—¿Jen?

—¿Ollie?

Ambos hablábamos tan suavemente que era imposible un estudio emocional por el tono de las voces.

—Olvidé la llave —dijo Jenny.

Yo me paré allí, al pie de los escalones, temeroso de preguntar por cuánto tiempo había estado sentada allí, sabiendo tan sólo que yo le había hecho un daño terrible.

—Jenny, lo siento. . .

—¡Para! —Ella cortó bruscamente mi apología,

y luego dijo muy serenamente—: Amar significa nunca tener que decir "Lo siento".

Trepé las escaleras hasta donde ella estaba sentada.

—Me gustaría ir a dormir. ¿Okay?

—Okay.

Subimos a nuestro departamento. Mientras nos desvestíamos, me miró para tranquilizarme.

—Realmente quise decir lo que dije, Oliver.

Y eso fue todo.

# 14

Fue en julio cuando llegó la carta.

Había sido enviada desde Cambridge hasta Dennis Port, de modo que creo que tuve la noticia un día o dos más tarde.

Salí corriendo hacia donde Jenny supervisaba a sus chicos, en un partido de kickball (o algo así), y al llegar dije en mi mejor tono estilo Bogart.

—Salgamos de aquí volando.

—¿Eh?

—Salgamos de aquí volando —repetí, y con tal obvia autoridad que ella empezó a seguirme mientras yo caminaba hacia el agua.

—¿Qué pasa, Oliver? ¿Me lo dices, por el amor de Dios?

Yo continué dando grandes zancadas hacia el desembarcadero.

—Dentro del bote, Jennifer —ordené, señalándolo con la misma mano en que llevaba la carta, que ella ni siquiera había notado.

—Oliver, tengo chicos para cuidar —protestó, mientras subía obedientemente a bordo.

—Oliver, cretino, ¿me vas a explicar qué pasa?

Ahora estábamos a unos pocos centenares de metros de la playa.

—Tengo algo que contarte —dije.

—¿No podías decírmelo en tierra firme? —gritoneó.

—¡No, carajo! —le grité a mi vez (ninguno de los dos estaba enojado, pero había mucho viento y teníamos que gritar para oírnos).

—Quería estar solo contigo. Mira lo que tengo aquí.

Agité el sobre delante de ella. Inmediatamente reconoció el membrete.

—¡Ah! ¡De la Escuela de Derecho! ¿Te echaron a patadas?

—Prueba de nuevo, bruja optimista.

—¡Fuiste el primero de la clase! —conjeturó.

—No tanto. Tercero,

—Oh —dijo—. ¿Sólo tercero?

—Epa, escucha. . . ¡Eso aún significa que pue-

do hacer la condenada revista La Ley! —grité.

Ella se sentó con una expresión absolutamente sin-expresión.

—¡Cristo, Jenny! —gemí—. ¡Di algo!

—No hasta que sepa quiénes fueron uno y dos —dijo.

La miré, esperando que estallara en la sonrisa que yo sabía estaba conteniendo.

—Vamos, Jenny —le rogué.

—Me voy. Adiós —dijo, y se tiró inmediatamente al agua. Me zambullí justo detrás de ella y la próxima cosa que supe fue que estábamos los dos colgados del costado del bote, muertos de risa.

—Eh —dije en una de mis más ingeniosas observaciones—, te fuiste al agua por mí.

—No seas tan boludo —contestó—. Tercero es, a pesar de todo. .. solamente tercero.

—Escucha, desgraciada —dije.

—Qué quieres que escuche, hijo de puta.

—Te lo debo un montón a ti— dije sinceramente.

—No es cierto, hijo de puta, no es cierto —respondió.

—¿No es cierto? —inquirí, en cierto modo sorprendido.

—Me lo debes todo —dijo.

Esa noche nos patinamos veintitrés dólares

en una cena con langosta, en un lugar extravagante de Yarmouth. Jenny todavía se reservaba su juicio, hasta que pudiera examinar a los dos caballeros que me habían, según ella declaraba, "derrotado".

Estúpido como suena, yo estaba tan enamorado de ella que en el momento en que volvimos a Cambridge, volé a averiguar quiénes eran los dos primeros. Me sentí aliviado al descubrir que el acreedor al puesto más alto, Edwin Blasband, City College 1964, era un tragalibros, anteojudo, nada atlético y en absoluto el tipo de Jenny; y en cuanto al hombre número dos. . . era una chica, Bella Landau, Bryn Mawr 1964. Todo resultaba de perlas, especialmente en lo que respecta a Bella Landau, que era más bien mona (como ocurre con los estudiantes de derecho), y puesto que yo no podía contar detalladamente a Jenny lo que pasaba a altas horas de la noche en Gannett House, el edificio de la *Revista La Ley*. ¡Y por Dios que hubo noches larguísimas! No era raro que yo volviera a casa a las dos o tres de la madrugada. Quiero decir; seis cursos, más editar la *Revista La Ley*, más el hecho de ser actualmente el autor de uno de los números ("Asistencia Legal para el pobre urbano: un estudio del distrito Roxbury

de Boston", por Oliver Barrett IV, *HLR*, marzo 1966, págs. 861-908).

"Un excelente ensayo. Realmente un excelente ensayo".

Eso era todo lo que Joel Fleishman, el editor senior, podía repetir una y otra vez. Francamente, había esperado un cumplido más coherente del tipo que al año siguiente se postularía para un cargo en la justicia, pero eso era todo lo que seguía diciendo mientras examinaba mi esquema final. Cristo, Jenny me había dicho que era "incisivo, inteligente y realmente bien escrito". ¿Podría Fleishman igualar eso?

—Fleishman dijo que era un excelente ensayo, Jen.

—¡Jesús! ¿Te esperé despierta hasta tan tarde para oír sólo eso? —dijo—. ¿No comentó tu investigación, o tu estilo, o algo?

—No, Jen. Sólo lo llamo "excelente".

—¿Entonces por qué te tomó tanto tiempo?

Le hice un pequeño guiño.

—Tenía algún material que revisar con Bella Landau —dije.

—¿Oh? —dijo ella.

No pude darme cuenta del tono.

—¿Estás celosa? —le pregunté directamente.

—No; mis piernas son mucho mejores —dijo.

—¿Puedes hacer una demanda?

—Y ella: ¿puede hacer lasañas?

—Sí —contesté—. En realidad, traje algunas esta noche a Gannet House. Todo el mundo dijo que estaban tan buenas como tus piernas.

Jenny meneó la cabeza.

—Le apostaría.

—¿Qué dices a eso? —pregunté.

—¿Paga Bella Landau tu alquiler?

—Desgraciada —repliqué—. ¿Por qué no puedo ganar alguna vez, cuando tengo la delantera?

—Porque, Preppie —dijo mi adorable esposa—, nunca la tienes.

# 15

Terminamos en ese orden.

Quiero decir que Erwin, Bella y yo éramos los tres primeros de la clase de graduados de la Escuela de Derecho. El momento del triunfo estaba a mano. Entrevistas de trabajo. Ofrecimientos. Conversaciones para hacer pinta. Por todas partes parecía dar vueltas alrededor de mí alguien agitando una bandera que decía: "¡Trabaja para nosotros, Barrett!"

Pero yo seguía solamente las banderas verdes. Quiero decir, no era totalmente torpe, pero eliminaba las alternativas de prestigio, como, ser presentarme para magistrado; y las alternativas de servicio público, como el Departamento de Justicia, en favor de un trabajo lucrativo

que sacara de nuestro maldito vocabulario la sucia palabra "rascar".

Tercero como había salido, tenía además una inestimable ventaja para competir por los mejores puestos legales. Era el único tipo entre los mejores que no era judío (y los que dicen que esto no importa es porque están hasta el cuello de la cosa). Cristo, hay docenas de firmas que besarían el culo de un aristócrata que pudiera atravesar el foro. Considere el caso de su seguro servidor: Revista *La Ley*, All-Ivy, Harvard y todo lo demás que usted sabe. Hordas de personas luchaban para tener mi apellido y mi número y ponerlo en su papelerío. Me sentía como un chico que acaba de sacar un premio y amaba cada minuto de eso.

Hubo una oferta especialmente intrigante de una firma de Los Ángeles. El reclutador, señor..... (Obvio su nombre, ¿por qué arriesgar un pleito?), persistía diciéndome:

"Barrett, muchacho, aquí lo conseguimos todo el tiempo. Día y noche. ¡Te aseguro que hasta nos lo podemos hacer mandar a la oficina!"

No era que estuviésemos interesados en California, pero me hubiera gustado saber precisamente a qué se refería el señor.....

A Jenny y a mí se nos ocurrieron algunas dis-

paratadas posibilidades, pero para Los Ángeles posiblemente no fueran lo suficientemente disparatadas. (Finalmente conseguí sacarme de encima al señor..... diciéndole que realmente "eso" no me importaba para nada. Se quedó con la cola entre las piernas.)

Actualmente habíamos resuelto permanecer en la Costa Este. Como se vio, aún teníamos docenas de fantásticas ofertas de Boston, Nueva York y Washington. En cierto momento Jenny pensó que Washington sería bueno ("Así ves si te gusta la Casa Blanca, Ol"), pero yo tiraba para Nueva York. Y así, con la bendición de mi mujer, finalmente di el sí a la firma de Jonas y Marsh, una prestigiosa oficina (Marsh fue antes procurador general) orientada hacia las libertades civiles. ("Puedes obrar bien y hacer el bien al mismo tiempo"; dijo Jenny.) También ellos realmente me deslumbraron. Quiero decir, el Viejo Jonas vino a Boston, nos llevó a comer al *súper chic* Pier Four y le mandó a Jenny flores al día siguiente.

Jenny anduvo como una semana cantando una especie de jingle que decía: "Jonas, Marsh y Barrett". Le dije qué no tan rápido, y ella me mandó a cagar, porque yo probablemente entonaba el mismo cantito en mi cabeza. No necesito decirles que ella tenía razón.

Permítanme mencionar, sin embargo, que Jonas y Marsh pagaban a Oliver Barrett IV 11.800 dólares, el sueldo absolutamente más alto recibido por ningún miembro de nuestra graduación.

Ya ven: resulté tercero sólo *académicamente*.

# 16

CAMBIO DE DIRECCIÓN  
*Desde el 1° de julio de 1967*  
*Oliver Barrett IV y señora*  
*se trasladan al 263 East 63rd. Street,*  
*Nueva York, N. Y. 10021*

—Es tan *nouveau riche* —se quejó Jenny.

—Pero es que *nosotros somos nouveaux riches* —insistí.

Lo que se agregaba a mi sentimiento de triunfo eufórico sobre todas las cosas, era el hecho de que la cuota mensual que pagaba por el auto ¡estaba condenadamente cerca del total de lo que pagábamos por el departamento en Cambridge! Jonas y Marsh quedaban fácilmente a diez minutos caminando (o contoneándome,

puesto que prefería esto último), y a la misma distancia había lindos negocios como Bonwit's y otros, donde insistía para que la desgraciada de mi mujer inmediatamente abriera cuentas y empezara a gastar.

*"¿Por qué, Oliver?"*

*"¡Carajo, Jenny, porque quiero sacar provecho de eso!"*

Me asocié al Harvard Club de Nueva York, propuesto por Raymond Stratton, 1964, recién de regreso a la vida civilizada después de haber abatido algún Vietcong ("No estoy muy seguro si eran Vietcong actualmente, así que abrí fuego hacia los arbustos"). Ray y yo jugábamos al squash al menos tres veces por semana, y por mi parte hice una anotación mental: darme un plazo de tres años para ser campeón del club. No sé si simplemente porque yo había renacido en territorio de Harvard, o porque las habladurías de mis éxitos en la Escuela de Derecho andaban dando vueltas por ahí (aunque nunca me jactaba acerca de mi sueldo, en serio), pero mis amigos me "descubrieron" una vez más. Nos habíamos mudado en el apogeo del verano (yo tenía que hacer un curso atorado para el examen de los tribunales), y las primeras invitaciones eran para los fines de semana.

—Mándalos al diablo, Oliver. Yo no quiero

desperdiciar dos días hablando al pedo con un puñado de aburridos preppies.

—Okay, Jen, ¿pero qué les digo?

—Que estoy embarazada, Oliver.

—¿Lo estás? —pregunté.

—No, pero si nos quedamos en casa este fin de semana quizás me quede.

Ya teníamos elegido el nombre. Quiero decir, yo lo tenía, y pienso que conseguí que Jenny lo aceptara finalmente.

—Eh, ¿no te reirás? —le dije cuando introduje el tema por primera vez. Ella estaba en ese momento en la cocina (una cosa color amarillo té claro que hasta incluía un lavaplatos).

—¿Qué? —preguntó sin dejar de cortar tomates en rodajas.

—Me gusta realmente el nombre Bozo —dije.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó.

—Sáa. De verdad me gusta.

—¿Llamarías Bozo a nuestro hijo? —preguntó de nuevo.

—Sí, realmente. De veras, Jen, es el nombre de un super-atleta.

—Bozo Barrett —ensayó ella para juzgar.

—¡Cristo, va a ser un macho extraordinario!

—continué, convenciéndome cada vez más con

cada palabra que decía—. Bozo Barrett, el más grande *tackle* de All-Ivy.

—Aja. . . Pero Oliver —dijo ella—. Imagina... sólo imagina que el chico no se clasifique.

—Imposible, Jen. Los genes son demasiado buenos. De veras.

Lo decía sinceramente. El asunto Bozo había llegado a ser una de mis frecuentes fantasías mientras me pavoneaba hacia el trabajo.

Seguí con el tema durante la cena. Habíamos comprado una vajilla de porcelana danesa.

—Bozo será un machazo que sé calificará bien en seguida —le dije a Jenny—. De hecho, si tiene tus manos, podemos ponerlo en la línea trasera.

Ella se contentaba con sonreír burlonamente, buscando sin duda que se escapara una falla que trastornara mi idílica visión. Pero faltando los trascendentes reparos, simplemente cortó la torta y me dio un pedazo. Y todavía seguía escuchándome

—Piénsalo, Jenny —continué, siempre con la boca llena—. Más de cien kilos de viveza y de polenta.

—¿Más de cien kilos? —dijo—. No hay nada en nuestros genes que diga más de cien kilos, Oliver.

—Lo alimentaremos, Jen. Altas proteínas, nutrición, todos los suplementos de dieta.

—¿Ah, sí? Y suponte que no quiera comer, Oliver.

—¡Comerá, carajo! —dije ya un poco hinchado con ese chico que de pronto estaría sentado en nuestra mesa, sin cooperar con mis planes para sus triunfos atléticos—. Comerá o le romperé la cara.

En este punto, Jenny me miró a los ojos y sonrió.

—No si pesa más de cien kilos. No podrás.

—Oh —contesté, momentáneamente acorrallado, pero dándome cuenta de inmediato—. No pesará tanto en seguida.

—Sí, sí —dijo Jenny, ahora sacudiendo una admonitoria cuchara hacia mí—. Pero cuando los pese, Preppie, empieza a correr. —Y se rió como loca.

Es realmente cómico, pero mientras ella se estaba riendo yo tuve la visión de ese chico de cien kilos, en pañales, persiguiéndome por Central Park y gritando: "¡Sé más bueno con mi mamá, Preppie!" Cristo, espero que Jenny no permita que Bozo me destroe.

# 17

No es tan fácil hacer un bebé.

Quiero decir, hay una cierta ironía envuelta en los casos de los tipos que pasan los primeros años de su vida sexual preocupados por *no* dejar embarazadas a las chicas (y cuando yo recién empecé se usaban los preservativos), y que cambian luego sus pensamientos y se obsesionan a favor de la concepción, no en su contra.

Sí, puede llegar a ser una obsesión. Y puede despojar los más gloriosos aspectos de una vida matrimonial feliz de su naturalidad y espontaneidad. Esto significa que programar tu pensamiento (verbo infortunado, "programar", sugiere una máquina), programar tu pensamiento sobre el acto de amor de acuerdo con reglas, calendarios, *estrategias* ("¿No sería mejor maña-

na por la mañana, Ol?") , puede llegar a ser una fuente de incomodidad, de disgusto y por último, de terror.

Cuando uno ve que sus conocimientos legos y (se supone) los normales y saludables esfuerzos no tienen éxito en la cuestión del creced-y-multiplicaos, los más horribles pensamientos vienen a la mente.

—Estoy seguro de que entiendes, Oliver, que esterilidad no tiene nada que ver con virilidad.

—Así me habló el Dr. Mortimer Sheppard durante la primera conversación, cuando Jenny y yo finalmente decidimos que necesitábamos una consulta especializada.

—Él entiende, doctor —dijo Jenny por mí, sabiendo sin que nunca se lo hubiera mencionado que la idea de ser estéril, de ser posiblemente estéril, me estaba devastando. ¿Acaso su voz no sugería que ella esperaba, si es que aparecía alguna insuficiencia, que esa insuficiencia fuera de ella?

Pero el doctor había estado simplemente de-letreando todo eso para nosotros, diciéndonos lo peor, antes de continuar explicando que aún había una gran posibilidad de que ambos estuviéramos okay, y que podríamos ser pronto orgullosos padres. Claro, por supuesto, teníamos que pasar ambos por una batería de análisis

físicos, completos. La cosa. (No quiero repetir las desagradables especificaciones de esta clase de esmerada investigación.)

Nos hicimos los análisis un lunes. Jenny durante el día, yo después del trabajo (estaba fantásticamente inmerso en el mundo legal). El doctor Sheppard llamó a Jenny otra vez el viernes, explicándole que su enfermera había cometido un error y que necesitaba examinar unas pocas cosas otra vez. Cuando Jenny me contó lo de la nueva visita, empecé a sospechar que quizás se había encontrado la insuficiencia en ella. Creó que ella sospechaba lo mismo. La coartada de la metida de pata de la enfermera es bastante trillada.

Cuando el doctor Sheppard me telefoneó a Jonas y Marsh, ya estaba casi seguro. ¿Podría, por favor, pasar por su consultorio al volver a casa? Cuando escuché que no iba a ser una triple conversación ("Hablé *con* la señora Barrett más temprano"), mi sospecha se confirmó. Jenny no podría tener chicos. Sin embargo no lo digas tan categóricamente, Oliver; recuerda que Sheppard mencionó que había cosas como cirugía correctiva y demás. Pero no podía concentrarme para nada, y era tonto esperar hasta las cinco en punto. Lo llamé a Sheppard y le

pregunté si me podía atender más temprano.

Dijo que sí.

—¿Sabe usted de quién es la culpa? —le pregunté sin medir las palabras.

—Realmente... yo no diría culpa, Oliver —contestó.

—Bueno, okay: ¿sabe usted cuál de nosotros no funciona bien?

—Sí. Jenny.

Yo había estado más o menos preparado para ésto, pero la determinación con que el doctor pronunció sus palabras me derribó. Él no decía nada más, de modo que pensé que quería alguna clase de manifestación de mi parte.

—Okay, entonces adoptaremos chicos. Quiero decir... lo más importante es que nos queremos, ¿verdad?

Y entonces me dijo.

—Oliver, el problema es más serio que eso. Jenny está muy enferma.

—¿Quiere definir "muy enferma", por favor?

—Se está muriendo.

—Eso es imposible —dije.

Y esperé que el doctor me aclarara que todo había sido un horrendo chiste.

—Es así, Oliver —dijo—. Siento enormemente tener que decirle esto.

Insistí en que había algún error —quizás esa

idiota de enfermera suya se había confundido otra vez y le había dado los rayos X o algo equivocado. Contestó con toda la compasión que podía que el análisis de sangre de Jenny había sido repetido por tres veces. Que no había ninguna duda en cuanto al diagnóstico. Que él, por supuesto, tendría que derivarnos a un hematólogo. De hecho, podía sugerir...

Moví la mano para cortar. Necesitaba silencio por un minuto. Sólo silencio para dejar que todo eso tocara fondo. Entonces se me cruzó una cosa.

—¿Qué le dijo a Jenny, doctor?

—Que los dos estaban muy bien.

—¿Se lo creyó?

—Creo que sí.

—¿Cuándo tendremos que decírselo?

—En este momento... depende de usted.

¡Depende de mí! Cristo... Lo que es en este momento, yo ni siquiera atiné a responder.

El doctor explicó que la terapia que se conocía para el tipo de leucemia de Jenny era meramente paliativa —podía aliviar, posiblemente retardar, pero no dar marcha atrás la enfermedad. Así que en este punto dependía de mí. Se podría esperar un poco para la terapia.

Pero en ese instante lo único que podía pensar realmente era en lo obscena que resultaba toda esa inmunda cosa.

—Tiene sólo veinticuatro —le dije al doctor gritando, creo. Él asintió, muy pacientemente, sabiendo demasiado bien la edad de Jenny, pero comprendiendo también la agonía que esto significaba para mí. Finalmente me di cuenta de que no podía seguir sentado para siempre en la oficina de ese hombre. De modo que le pregunté qué hacer. Quiero decir, qué debería hacer yo, Me dijo que actuara tan normal como fuera posible durante el mayor tiempo posible.

¡Normal! ¡*Normal!*

## 18

Empecé a pensar en Dios.

Quiero decir, la noción de un Ser Supremo que existe en alguna parte comenzó a insinuarse en mis pensamientos. No porque quisiera pegarle en la cara, echarlo a puñetazos por lo que estaba por hacerme a mí —a Jenny—. No, la clase de pensamientos religiosos que tenía eran justamente los opuestos. Como cuando me despertaba a la mañana y Jenny estaba allí. Todavía allí. Pido disculpas, aun avergonzado, pero esperaba que hubiera un Dios a quien darle las gracias. Gracias por dejarme levantar y ver a Jennifer.

Yo trataba cómo podía de actuar de modo normal, así que le dejaba preparar el desayuno, por supuesto, y demás.

—¿Lo verás a Stratton hoy? —preguntó mientras yo tomaba mi segunda taza de leche con cereales.

—¿A quién?

—Raymond Stratton, 1964 —dijo—. Tu viejo amigo. Tu compañero de pieza antes que yo.

—Sí. Pensábamos jugar al squash. Pero creo que lo cancelaré.

—¡Mierda!

—¿Qué, Jen?

—No empieces a cancelar los partidos de squash, Preppie. ¡No quiero un marido blandengue, carajo!

—Okay —dije—. Pero comamos afuera.

—¿Por qué? —preguntó.

—¿Qué quieres decir con tu "por qué"? —grité tratando de hacer funcionar mi normal enojo fingido—. ¿Es que no puedo llevar a mi maldita mujer a comer, si quiero?

—¿Quién es ella, Barrett? ¿Cómo se llama?

—preguntó Jenny.

—¿Qué?

—Escucha: si tienes que sacar a comer a tu mujer afuera en día de semana, es porque debes estar atracándote alguna otra.

—¡Jennifer! —bramé, ahora honestamente herido—. ¡No quiero tener esta clase de conversaciones durante mi desayuno!

—Entonces trae tu culito a casa para mi cena.

¿Okay?

—Okay.

Le dije a este Dios, quienquiera que fuese y en cualquier lugar que estuviera, que yo me contentaría con permanecer en este *status quo*. No me importa la agonía, Señor, no me importa saberlo mientras Jenny no lo sepa. ¿Me oyes, Señor, Señor? ¿Puedes ponerle un precio?

—¿Oliver?

—¿Sí, señor Jonas?

Me había llamado a su oficina.

—¿Está usted familiarizado con el asunto Beck?

—preguntó.

Claro que lo estaba. Robert L. Beck, fotógrafo de la revista *Lije*, a quien la policía de Chicago lo cagó a patadas mientras trataba de fotografiar un disturbio. Jonas consideraba que éste era uno de los casos clave para la firma.

—Sé que la cana lo sacó a puñetazos, señor

—dije a Jonas festivamente (¡bah!).

—Me gustaría que lo manejara usted, Oliver

—dijo.

—¿Yo? —pregunté.

—Puede llevar a algunos de los hombres más jóvenes —contestó.

¿Más jóvenes? Yo era el tipo más joven de la oficina. Pero entendí el mensaje: Oliver, a pesar de su edad cronológica, usted es ya uno de los más viejos de esta casa. Uno de nosotros, Oliver.

—Gracias, señor —dije.

—¿Cuánto tiempo precisa para salir para Chicago? —preguntó.

Yo había resuelto no decírselo a nadie, cargar con todo el fardo yo mismo. Así que le contesté algún bolazo al viejo Jonas, no recuerdo siquiera exactamente qué, acerca de por qué no me parecía posible dejar Nueva York por el momento, señor. Y esperé que hubiera entendido. Pero sé que se fastidió con mi reacción ante lo que era obviamente un gesto muy significativo. ¡Oh, Dios, señor Jonas, cuando se entere de la verdadera razón!

Paradoja: Oliver Barrett IV dejando la oficina más temprano, y sin embargo caminando de vuelta a casa más despacio. ¿Cómo se explica eso?

Yo había tomado el hábito de hacer compras imaginarias mirando las vidrieras de la Fifth Avenue, mirando las cosas maravillosa y locamente extravagantes que hubiera comprado a Jennifer, si no hubiera querido mantener la ficción de normalidad.

Seguro, tenía miedo de volver a casa. Porque ahora, varias semanas después de enterarme de los verdaderos hechos, ella estaba adelgazando. Quiero decir, muy poco, y posiblemente ella ni siquiera lo notaba. Pero yo, que sabía, sí lo notaba.

Miraría las vidrieras de las compañías aéreas. Brasil, el Caribe, Hawai (¡Deje todo atrás: vuele hacia el sol!), y demás. En esta tarde particular TWA quería promover Europa fuera de la estación: Londres para compradores, París para enamorados...

*"¿Y qué hago con mi beca? ¿Y con París, el que no he visto en mi perra vida?"*

*"¿Y nuestro casamiento?"*

*"¿Quién dijo algo de casamiento?"*

*"Yo. Lo estoy diciendo ahora".*

*"¿Quieres casarte conmigo?"*

*"Sí".*

*"¿Por qué?"*

Tenía acordado un monto de crédito tan fantástico, que ya era dueño de una tarjeta del Diners Club. ¡Zip! Mi firma en la línea de puntos y ya era el feliz poseedor de dos pasajes (Primera Clase, no menos) a la Ciudad de los Enamorados.

Jenny estaba pálida y gris cuando llegué a

casa, pero esperaba que mi fantástica idea pusiera algún color en esas mejillas.

—¿Sabes una cosa, señora Barrett? —dije.

—¿Te echaron? —conjeturó mi optimista esposa.

—No. Me volaron —contesté, sacando los pasajes.

—Arriba, arriba. . . y lejos —dije—. Mañana por la noche a París.

—Macanas, Oliver —dijo. Pero serenamente, sin nada de su habitual fingida agresividad. Tal como lo repitió después, tenía hasta una especie de ternura—: Macanas, Oliver.

—Eh, ¿puedes definir "macanas" más específicamente, por favor?

—Oliver, esta no era la manera en que lo íbamos a hacer.

—¿Hacer qué? —pregunté.

—No quiero París. No necesito París. Sólo te necesito a ti. . .

—¡Pero a mí ya me tienes, nena! —interrumpí, y mi voz sonó falsamente alegre.

—Y necesito tiempo —continuó—, que tú no puedes darme.

Ahora la miré a los ojos. Estaban inefablemente tristes. Pero tristes en un sentido que solamente yo comprendí. Estaban diciendo que ella estaba triste, es decir... triste por mí.

Estábamos de pie, estrechándonos en silencio uno al otro. Por favor, sí uno de ambos llora, permítasenos llorar a los dos. Pero preferiblemente a ninguno.

Y entonces Jenny explicó cómo se había estado sintiendo, "Absolutamente como la mona", y cómo había vuelto a lo del doctor Sheppard no para consultar sino para confrontar. Dígame lo que anda mal en mí, caramba. Y él se lo había dicho.

Me sentí extrañamente culpable de no haber sido yo quien se lo anunciara. Ella se dio cuenta e hizo una acotación calculadamente estúpida.

—Él es de Yale, Ol.

—¿Quién, Jen?

—Ackerman, el hematólogo. Totalmente de Yale. College y Facultad de Medicina.

—Oh —dije, sabiendo que ella estaba tratando de inyectar una dosis de ligereza en aquel tremendo trámite.

—¿Sabe al menos leer y escribir? —pregunté.

—Eso está por verse —sonrió la señora de Oliver Barrett, Radcliffe 1964—. Pero sí que sabe hablar. Y yo también quería hablar.

—Okay, entonces. . . por el doctor de Yale —dije.

—Okay —dijo ella,

## 19

Ahora al menos no tenía miedo de volver a casa, no me asustaba el tener que "actuar normalmente". Estábamos una vez más compartiéndolo todo, aunque fuera la horrible certeza de que cada uno de nuestros días juntos estaba numerado.

Había cosas que teníamos que discutir, cosas no tratadas generalmente por parejas de veinticuatro años.

—Cuento con que serás fuerte, tú, atleta de hockey —dijo.

—Lo seré, lo seré —le contesté, preguntándome si la gran conocedora Jennifer podía decir que el gran jugador de hockey tenía miedo.

—Quiero decir, por Phil —continuó—. Va a

ser más duro para él. Tú, después de todo, serás el viudo alegre.

—No estaré alegre —la interrumpí.

—Estarás alegre, carajo. Quiero que estés alegre. ¿Okay?

—Okay.

—Okay.

Fue cerca de un mes más tarde, justo después de cenar. Ella todavía cocinaba, insistía en hacerlo. Finalmente la había convencido para que me permitiera limpiar (aunque me tomó el pelo diciendo que no era un trabajo de hombre), y estaba secando los platos mientras ella tocaba a Chopin en el piano. La escuché pararse en la mitad del Preludio y entré inmediatamente al living. Ella estaba simplemente sentada allí.

—¿Estás bien, Jen? —pregunté, queriendo decirselo en un sentido relativo. Me contestó con otra pregunta:

—¿Eres lo bastante rico como para pagar un taxi?

—Seguro —respondí—. ¿A dónde quieres ir?

—Algo así como... al hospital —dijo.

Yo sabía —en el veloz barullo de movimientos que siguió— que aquello había llegado. Jenny estaba por salir de nuestro departamento y nunca volvería. Sentada allí, mientras yo juntaba

unas pocas cosas tuyas, me preguntaba qué estaría cruzando por su mente acerca del departamento. Quiero decir, ¿qué querría mirar para acordarse?

Nada. Estaba simplemente sentada, inmóvil, sin fijar sus ojos en nada.

—Eh —dije—. ¿No quieres llevar algo en especial?

—Mmm, mmm. . . —Ella dijo "no", y después agregó como con retardo—: Tú.

Abajo era difícil conseguir un taxi, por ser la hora de los teatros y demás. El portero hacía sonar su silbato y movía los brazos como un desesperado réferi de hockey. Jenny sólo se apoyaba en mí. Y yo secretamente deseaba que no hubiera taxis, que ella siguiera apoyándose en mí. Pero finalmente conseguimos uno. Y el chofer era —por suerte— un tipo divertido. Cuando escuchó "Hospital Mount Sinaí, rápido", se lanzó a una total rutina.

—No se preocupen, chicos, están en manos experimentadas. La cigüeña y yo hemos trabajado juntos por años.

En el asiento trasero, Jenny estaba abrazada a mí. Yo besaba sus cabellos.

—¿Es el primero? —preguntó el alegre conductor.

Creo que Jenny se dio cuenta de que estaba por tirarle un tarascón al tipo, porque me su-surró:

—Sé bueno, Oliver. Él está tratando de serlo con nosotros.

—Sí, señor —le dije—. Es el primero y mi mujer no se siente muy bien, así que. . . ¿podríamos pasar algunas luces, por favor?

Nos llevó al Mount Sinaí a todo lo que daba.

*Fue* muy amable, bajándose para abrirnos la puerta y todo. Antes de irse nos deseó toda clase de buena suerte y felicidades. Jenny se lo agradeció.

Ella parecía poco segura de sus pies, y quise levantarla en mis brazos pero insistió:

—No este umbral, Preppie. —Así que entramos caminando y sufrimos a través del doloroso proceso de entrada.

*"¿Tienen Tarjeta Azul u otro plan médico?"*

*"No".*

(¿Quién iba a pensar en esa trivialidad? Nosotros estuvimos muy ocupados comprando la vajilla.)

Por supuesto, la llegada de Jenny fue inesperada. Había sido anticipada anteriormente, y ahora estaba siendo supervisada por el doctor Bernard Ackerman, M.D.. que era, como Jenny

lo predijo, un buen tipo a pesar de ser un completo Yale.

—Se le están dando glóbulos blancos y plaquetas —me dijo el doctor Ackerman—. Es lo que más necesita por el momento. Ella no quiere an-timetabolismo para nada.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es un tratamiento que demora la destrucción celular —explicó—, pero, como Jenny sabe, puede haber efectos secundarios desagradables.

—Oiga, doctor (sabía que lo estaba sermoneando en vano), Jenny es el jefe. Todo lo que ella diga se hará. Sólo le pido que hagan todo lo posible para que no le duela.

—Puede estar seguro de ello —dijo.

—No me importa lo que cueste, doctor. —Pienso que estaba alzando la voz.

—Puede durar semanas o meses —dijo.

—A la mierda con el costo —dije. Él era muy paciente conmigo. Quiero decir, en realidad yo le estaba discutiendo.

—Sólo estaba tratando de decir —explicó Ackerman— que no hay modo de saber cuan largo o cuan corto tiempo tardará ella en consumirse.

—Pero recuerde, doctor —ordené—, recuerde que quiero que ella tenga la mejor habitación privada. Enfermeras especiales. De todo. Por favor. Ya he conseguido dinero.

## 20

Es imposible ir manejando desde la calle 63 Este, en Manhattan, a Boston, Massachusetts, en menos de tres horas y veinte minutos. Créame, he probado los límites máximos en esta ruta, y estoy convencido de que ningún automóvil, extranjero o doméstico, aun con algún tipo Graham Hill al volante, puede hacerlo más rápido. Yo llevaba al MG a 170 km por hora en la autopista principal.

Tengo esta afeitadora eléctrica sin cable y puede estar seguro de que me afeité cuidadosamente y cambié mi camisa en el auto, antes de entrar en las benditas oficinas de State Street. Aunque eran las 8 de la mañana había varios tipos de distinguido aspecto bostoniano esperando para ver a Oliver Barrett III. Su secretaria

—que me reconoció— ni siquiera pestañeó cuando dijo mi nombre por el comunicador.

Mi padre no dijo "hágalo pasar".

En lugar de eso abrió la puerta y apareció en persona. Dijo:

—Oliver.

Preocupado como yo estaba por la apariencia física, noté que parecía un poco pálido, que su cabello se había vuelto grisáceo (y quizás más ralo) en estos tres años.

—Entra, hijo —dijo. No pude adivinar nada por el tono. Sólo caminé hasta su oficina.

Me senté en el "sillón de los clientes".

Nos miramos el uno al otro, después dejamos que nuestras miradas se dirigieran a otros objetos de la habitación. Dejé que la mía cayera entre los útiles de su escritorio: tijeras en un estuche de cuero, un cortapapeles con mango de cuero, una foto de mi madre tomada años atrás. Una foto mía (graduación en Exeter).

—¿Cómo van tus cosas, hijo? —preguntó.

—Bien, señor, —contesté.

—¿Y cómo está Jennifer? —preguntó.

En vez de mentirle me escapé del tema —aunque *era* el tema— saltando bruscamente a la razón de mi brusca reaparición.

—Padre, necesito que me prestes cinco mil dólares. Por una buena razón.

Me miró. Con una especie de asentimiento, pienso.

—¿Bien? —dijo.

—¿Señor? —pregunté.

—¿Puedo saber la razón?

—No puedo decírtela, padre. Sólo te pido que me prestes ese dinero.

Yo tenía la sensación —si es que en realidad se pueden recibir sensaciones de Oliver Barrett III— de que él se proponía darme el dinero. También me di cuenta de que no quería hacerme problemas. Lo que quería era hablar.

—¿No te pagan en Jonas y Marsh? —preguntó.

—Sí, señor.

Estuve tentado de decirle cuánto, simplemente para hacerle saber que era el récord de la clase, pero entonces pensé que si sabía dónde trabajaba, sabría también mi sueldo.

—¿Y ella no enseña también? —preguntó.

Bueno, no lo sabía todo.

—No la llames "ella" —dije.

—¿No da clases Jennifer? —preguntó cortemente.

—Por favor, déjala fuera de esto, padre. Es una cuestión personal. Una importantísima cuestión personal.

—¿Has metido en líos a alguna chica? —pre-

guntó, pero sin ninguna desaprobación en su voz.

—Sí —dije—. Sí, señor, es eso. Dame el dinero. Por favor.

Ni por un momento pensé que creyera en esa razón. Pienso que tal vez realmente no deseaba saber. Simplemente me preguntaba, como lo dije antes, para que pudiéramos hablar.

Buscó en el cajón del escritorio y sacó una chequera del mismo cuero del mango de su cortapapeles y la caja de sus tijeras. La abrió lentamente. No para torturarme, no creo, sino para demorar más tiempo. Para encontrar cosas que decir. Cosas no chocantes.

Terminó de escribir el cheque, lo arrancó del talonario y luego me lo extendió. Yo fui posiblemente un poco lento en darme cuenta de que podía levantar mi mano para encontrar la suya. Entonces él se sintió avergonzado (creo), retiró la mano y ubicó el cheque en el borde de su escritorio. Me miró ahora moviendo la cabeza. Su expresión parecía decir: "Ahí está, hijo".

Pero todo lo que hizo fue mover la cabeza.

No era que yo quisiera salir de allí. Era sólo que no podía pensar por mí mismo en algo para decir. Y era imposible quedarnos sentados en ese lugar, los dos queriendo hablar y sin em-

bargo incapaces hasta de mirarnos mutuamente, derecho a la cara.

Me adelanté y tomé el cheque. Sí, decía cinco mil dólares, firmado Oliver Barrett IV. Yo estaba en la vía. Lo doblé cuidadosamente y lo puse en el bolsillo de la camisa, mientras me levantaba y me arrastraba hasta la puerta. Podría haber dicho algo que sonara como que a mi criterio muy importantes funcionarios de Boston (tal vez aun de Washington) estaban esperando frente a su oficina, y sin embargo si tuviéramos más que decirnos uno al otro yo podría hacer tiempo en tu oficina, padre, y tú cancelarías tus planes de almuerzo... y todo eso.

Pero me paré allí, con la puerta entreabierta, y reuní el coraje para mirarlo y decirle:

—Gracias, padre.

## 21

La tarea de dar la noticia a Phil Cavilleri cayó sobre mí. ¿Sobre quién si no? No se deshizo en pedazos como pensé que lo haría, sino que con toda calma cerró la casa de Cranston y vino a vivir a nuestro departamento. Cada uno de nosotros tiene su propia idiosincrásica manera de luchar contra el dolor. La de Phil era la limpieza. Lavar, fregar, lustrar. Yo no entiendo realmente sus procesos mentales, pero, por Dios, déjenlo trabajar.

¿Acaricia el sueño de que Jenny vuelva a casa?

¿Sí o no? El pobre viejo. Es por eso por lo que limpia. Simplemente, no acepta las cosas como son. Por supuesto, no me admitiría esto, pero sé que está en su mente.

Porque también está en la mía.

Una vez que Jenny estuvo internada, llamé al viejo Jonas y le hice saber por qué no podía ir a trabajar. Pretendí que tenía que desocupar rápidamente el teléfono porque sabía que él se sentía dolorido y querría decirme cosas que posiblemente no podría expresar. De allí en adelante, los días se dividieron simplemente en horas de visitas y todo lo demás. Por supuesto, todo lo demás era nada. Comer sin hambre, mirar a Phil limpiando el departamento (¡otra vez!), y no dormir ni siquiera con las pastillas que me dio el doctor Ackerman.

Una vez oí a Phil musitar para sí mismo: "No podré soportarlo mucho más tiempo". Estaba en la habitación de al lado lavando los platos de la casa (a mano) . No le contesté, pero pensé para mí, yo puedo. Quien fuere que esté Allá Arriba, dirigiendo el show, Señor Ser Supremo, señor, que siga así. Puedo soportarlo *ad infinitum*. Porque Jenny es Jenny.

Esa tarde ella me echó de la pieza. Quería hablar con su padre "de hombre a hombre".  
—Esta reunión está permitida sólo a norteamericanos de ascendencia italiana —dijo, tan blanca como sus sábanas—, de modo que afuera, Barrett.

—Okay —dije.

—Pero no muy lejos —dijo cuando llegué a la puerta.

Me senté en la sala de espera. Luego apareció Phil.

—Dice que vayas para adentro, —susurró roncamente con el tono sepulcral de toda su interioridad—. Yo voy a comprar cigarrillos.

—Cierra esa maldita puerta, —ordenó ella mientras yo entraba en la habitación. Obedecí, cerrando la puerta suavemente, y cuando me volví para sentarme en el borde de la cama, pude verla mejor. Quiero decir, con los tubos que iban a su brazo derecho, que ella mantenía oculto debajo de las cobijas. Siempre me gustó sentarme muy cerca y simplemente mirarle la cara en la que, aunque pálida, los ojos siempre brillaban. De modo que rápidamente me senté muy cerca.

—No duele, Ollie, realmente —dijo—. Es como caerse de un acantilado en cámara lenta ¿sabes?

Algo se revolvió en el fondo de mis tripas. Alguna cosa sin forma que iba a subir a mi garganta y me haría llorar. Pero no lo haría. Nunca. Soy un cretino hijo de puta ¿ve? No voy a llorar.

Pero si no voy a llorar, entonces no puedo

abrir la boca. Tendré simplemente que asentir con la cabeza. Así lo hice.

—Macanas —dijo ella.

—¿Eh? —fue más un gruñido que una palabra.

—Tú no sabes lo que es caerse de un acantilado, Preppie —dijo—. Nunca te caíste en tu perra vida.

—Sí —dije recuperando el don de la palabra—. Cuando te conocí.

—Sí —dijo, y una sonrisa cruzó su rostro—. ¡Oh, qué caída hubo allí! ¿Quién dijo esto?

—No sé —repliqué—. Shakespeare.

—Sí ¿pero quién? —dijo como quejosamente—. No puedo recordar en qué obra, sin embargo. Yo fui a Radcliffe, tendría que recordar cosas. Una vez supe todo Mozart.

—Gran cantidad —dije.

—Puedes apostar que sí —dijo, y entonces frunció su frente preguntando—: ¿Qué número es el concierto para piano en C Menor?

—Me voy a fijar —dije.

Sabía justo dónde fijarme., En el departamento, en un estante al lado del piano. Lo buscaría y sería la primera cosa que le diría a la mañana siguiente.

—Yo lo sabía, —dijo Jenny—. Sí, antes lo sabía.

—Escucha —dije en estilo Bogart— ¿quieres hablar de música?

—¿Preferirías hablar de funerales? —preguntó.

—No —dije, sintiendo haberla interrumpido.

—Ya discutí eso con Phil. ¿Estás escuchando, Ollie?

Yo había dado vuelta la cara.

—Sí, estoy escuchando, Jenny.

—Le dije que podría tener un servicio católico; tú dirás que sí, ¿okay?

—Okay —dije.

—Okay —replicó.

Y entonces me sentí un poco más aliviado, porque después de todo, cualquier cosa de que habláramos ahora sería un desahogo.

Estaba equivocado.

—Oye, Oliver —dijo Jenny, y lo hizo con su voz enojada, aunque suave—. Oliver, tienes que dejar de sentirte mal.

—¿Yo?

—Ese aire culpable en tu cara, Oliver, es enfermizo.

Honestamente, traté de cambiar mi expresión, pero mis músculos faciales estaban congelados.

—No es culpa de nadie, Preppie desgraciadito —estaba diciendo ella—. ¡Por favor, *termina* de culparte!

Quería seguir mirándola porque no quería quitarle nunca los ojos de encima, pero aun así tuve que bajarlos. Estaba muy avergonzado

de que aún ahora Jenny leyera en mi mente a la perfección.

—Escucha, es la única maldita cosa que te pido, Ollie. Por otra parte, sé que estarás okay.

Esa cosa en mis tripas se estaba revolviendo otra vez, de modo que tuve miedo de decir la palabra "okay". Sólo miré a Jenny en absoluto silencio.

—A la mierda con París —dijo repentinamente.

—¿Eh?

—A la mierda París y la música y todas las porquerías que tú piensas que me robaste. No me importa, cretino. ¿Lo puedes creer?

—No —le contesté verazmente.

—Entonces puedes irte al mismísimo diablo, —dijo—. No te quiero en mi maldito lecho de muerte.

Lo decía en serio. Yo podía asegurar cuando Jenny decía algo en serio. De modo que obtuve el permiso para quedarme con una mentira.

—Te creo —dije.

—Así está mejor —dijo—. Ahora ¿me harías un favor?

Desde algún lugar de mi interior vino este devastador asalto para hacerme llorar. Pero me resistí. No lloraría. Simplemente le indicaría a Jenny —con un movimiento afirmativo de mi

cabeza— que me haría muy feliz hacerle un favor, fuera el que fuere.

—¿Podrías abrazarme muy fuerte?

Puse una mano en su antebrazo —Dios, tan fino— y le di un apretón.

—No, Oliver —dijo—. Abrazame, realmente. Bien cerca de mí.

Tuve mucho, muchísimo cuidado —con los tubos y esas cosas— mientras me metía en la cama con ella y la rodeaba con mis brazos.

—Gracias, Ollie.

Fueron sus últimas palabras.

## 22

Phil Cavilleri estaba en el solarium, fumando su enésimo cigarrillo, cuando aparecí.

—¿Phil? —dije suavemente.

—¿Sí? —Alzó los ojos y pienso que ya lo sabía.

Obviamente, necesitaba alguna clase de consuelo físico. Caminé hacia él y puse mi mano en su hombro. Tenía miedo de que llorara. Estaba casi seguro de que yo no lo haría. Es decir, no podía. Ya había pasado por todo eso.

Él puso su mano en la mía.

—Desearía —murmuró—, desearía no haber...

—Hizo una pausa y esperó. ¿Qué prisa había, después de todo?

—Desearía no haber prometido a Jenny ser fuerte por ti.

Y, para honrar su plegaria, acarició mi mano muy suavemente.

Pero yo necesitaba estar solo. Tomar aire. Caminar, tal vez.

Abajo, el pasillo del hospital estaba absolutamente callado. Todo lo que podía oír era el click de mis propios tacos en el linóleo.  
—Oliver.

Me detuve.

Era mi padre. Excepto la mujer en el escritorio de la recepción, estábamos solos allí. De hecho, nos contábamos entre las pocas personas de Nueva York despiertas a esa hora.

No pude hacerle frente. Fui derecho hacia la puerta giratoria. Pero en un instante él estaba allí afuera, parado cerca de mí.

—Oliver —dijo— debiste contármelo.

Hacía mucho frío, lo que en cierto sentido era bueno porque yo estaba embotado y quería sentir algo. Mi padre continuó dirigiéndose a mí, y yo continué parado en silencio, dejando que el viento frío golpeará en mi cara.

—Tan pronto como me enteré, salté al auto.

Había olvidado mi saco; el fresco estaba empezando a hacerme mal. Bueno. Bueno.

—Oliver —dijo mi padre urgentemente—, quiero ayudar.

—Jenny está muerta —le dije.

—Lo siento —dijo en un atontado murmullo.

Sin saber por qué, repetí lo que había aprendido mucho antes de la linda chica, ahora muerta:

—Amar significa nunca tener que decir "Lo siento".

Y entonces hice lo que nunca había hecho en su presencia, y menos aún en sus brazos. Lloré.

*fin*